EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

FROU-FROU

DRAMA EN CINCO ACTOS

ORIGINAL DE

V. SARDOU

TRADUCIDO POR

RAMÓN ALVAREZ TUBAU

MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.º

1892

FROU-FROU

FROU-FROU

DRAMA EN CINCO ACTOS

ORIGINAL DE

V. SARDOU

TRADUCIDO POR

RAMÓN ALVAREZ TUBAU

Representada por primera vez en Madrid, y con gran éxito, en el TEATRO DE LA PRINCESA. Año de 1891



MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1892

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
GILBERTA	SRA.	TUBAU.
BARONESA		ALVAREZ.
LUISA	SRTA.	BARDO (E.)
PAULINA		BADILLO.
AYA	SRA.	MISERACHS.
SARTORY	SR.	AMATO.
BRIGARD		VALLÉS.
VALREAS		OSUNA.
BARON		ALTARRIBA.
PITOU		OLONA.
ZANNETTO		BERMÚDEZ.
CRIADO 1.º		VÁZQUEZ.
CRIADO 2.º		ROSAS.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

PAULINA, después GILBERTA y VALREAS

(Al levantarse ol telón aparece Paulina arreglando la habitación; al ruído que se supone oir vuelve la cabeza hacia la derecha.)

PAU. ¿Eh? ¿Quién viene? ¡Ah, la señorita Gilberta y el señor Valreas! ¡Qué carrera tan atroz! ¡La señorita se adelanta! ¡Bravo! ¡Ya llega! ¡Pobre señor Valreas, por más que fustiga á su caballo!...

GIL. (En traje de amazona, entra muy sofocada, casi sin aliento.) ¡He vencido! Mío es el Monitor.

VAL. Es verdad.

GIL. ¡Al momento, Paulina, prepárame la ropa para vestirme!

ESCENA II

GILBERTA y VALREAS

VAL. Me ha vencido usted, lo reconozco.

GIL. Lo dice usted de una manera... ¿Acaso no he vencido con toda legalidad?

VAL. Con toda legalidad, y confieso que me doy el parabién por mi derrota.

GIL. ¿Por qué?

VAL. Porque es infinitamente más agradable galopar detrás de usted, que adelantarla. ¡Hace usted una figura tan elegante á caballo!

GIL. ¿Sí?

VAL. ¡Preciosa! ¡Divina! Sobre todo al saltar aquella zanja.

GIL. ¡Já... já!

VAL. ¡Ay, mi querida Frou-Fou!...

GIL. Nada de Frou-Fou, amigo Valreas. Ya sabe usted que no quiero que se me llame así. A mi papá y á mi hermana Luisa les permito que me den ese apodo, pero á nadie más.

VAL. ¿Y por qué no á mí? ¿Existe acaso una palabra más ingeniosa, más gráfica ni que mejor resuma y describa las condiciones y el caracter de usted? ¡Frou-Fou!... ¡Es decir, lo frívolo, lo ligero, lo inquieto, lo superficial!... Una puerta que se entreabre... un rumor de gasas, de sedas y de encajes que se arrastran por el pavimento. Usted entra, sale, rie, canta, llora, busca, revuelve, baila, salta, desaparece... y ¡Frou-Fou! ¡Siempre Frou-Fou!... y hasta tengo certeza de que mientras usted duerme, su ángel tutelar agita suavemente sus alas produciendo ese delicioso rumor ¡Frou-Fou!

GIL. ¡Já!... ¡já!... ¡Siempre tan informal y tan loco!

VAL. ¿Informal? Pues precisamente tenía que hablar á usted de algo muy serio, y la verdad es que me siento cohibido.

GIL. ¿Tan grave es el asunto?

VAL. ¡Usted juzgará!

GIL. Bueno, yo juzgaré, pero más tarde; porque por muy importante que sea lo que tiene usted que decirme, yo tengo algo más importante que hacer.

VAL. ¿Si?

GIL. ¡Tengo que cambiar de traje!

VAL. ¡Oh! ¡Es usted incorregible!

GIL. ¡Ah! ¡Papá!

ESCENA III

DICHOS, BRIGARD y la BARONESA

BRIG. Pero, hija mía, ¿por qué has desaparecido de repente, dejándome sólo con la Baronesa? No, no es que me desagrade el lance, ni la compañía.

BAR. ¡Ah! Creí...

GIL. No te incomodes, papá; ha sido una apuesta entre el señor y yo: apostamos á quién llegaba antes y cogía el Monitor de encima de esta mesa: yo he ganado y aquí le tienes.

BRIG. ¡Bueno lo has puesto!

GIL. ¿Y qué? ¡No lo lees nunca!

BRIG. ¿Y por qué has saltado una zanja tan peligrosa?

GIL. Porque si no, no hubiera ganado. ¡Vamos, no me riñas ó descarga tu mal humor con el señor de Valreas! Estoy muy quejosa de él... ¿sabes? ¡ahora mismo me ha dicho unas cosas!

BRIG. ¿Sí?

VAL. ¡No, no lo crea usted!

GIL. Sí, señor, sí; una hija bien educada debe contarlo todo á su padre. Mira, me ha dicho que soy incorregible, ligera, frívola, y me ha llamado ¡Frou-Frou!

ESCENA IV

VALREAS y la BARONESA

VAL. ¡No lo crea usted, no lo crea!

BAR. ¡Ah, señor de Valreas! ¡señor de Valreas!...

VAL. ¿También usted, Baronesa?

BAR. ¡Siempre el mismo!

VAL. ¡Siempre! enamorado de usted.

BAR. ¿Desde cuándo?

VAL. ¡Desde que la conocí, hace cuatro años!

BAR. Lo que no impide que se dedique usted

hace unos días á enamorar á la señorita Gilberta.

VAL. El fin justifica los medios: es un recurso para despertar...

BAR. ¿Mis celos?... ¡Já... já!

VAL. La verdad es que si usted no me hubiera despreciado...

BAR. Hombre, se necesita cinismo para hablarme de estas cosas, teniendo usted instalada en su quinta á la gran Carlota del Palé-Royal.

VAL. ¿Yo?

BAR. No se moleste usted en negarlo.

VAL. Apostaría á que ha sido Brigard, ese tunante... si anda ya buscándome las vueltas; pero en fin, eso terminará muy en breve, porque ya que usted me deshaucia, estoy decidido...

BAR. ¿A qué?

VAL. Á casarme.

BAR. ¿Con Gilberta?

VAL. Precisamente. ¡Qué bonita pareja! ¿eh?

BAR. ¡Música de Offembach!

VAL. Es claro. Y luego, que tengo mis razones... ¿cómo diré yo?... topográficas... para resolverme á ello.

BAR. ¿Razones topográficas?

VAL. ¿Qué ve usted allí abajo, á la derecha? La quinta de nuestro amigo Sartorys; ¿y á la izquierda? mi quinta... ¿y aquí?... una tercera quinta, perteneciente al señor Brigard.

BAR. ¿Y qué?

VAL. ¿No le llama á usted esto la atención? Un padre con dos hijas casaderas, que ha venido á situarse precisamente entre dos solteros. Jamás la Providencia ha mostrado más claramente sus designios, y tanto Sartorys, como yo, estamos dispuestos á acatarlos; nos casaremos, y... ¡qué espectáculo tan conmovedor, si por ventura nos casamos en el mismo día! ¡Qué contraste tan delicioso! Primer matrimonio: la señorita Luisa Brigard, con Mr. Enrique de Sartorys... música clásica, de Hayden... ¡admirable consorcio de seriedad y buen juicio! Segundo matrimonio: la señorita Gilberta con Mr. Pablo de Valreas,

música ligera, juguetona... ¡admirable consorcio de... todo lo contrario!

BAR. ¿Pero usted, de dónde saca que Sartorys está enamorado de Luisa y quiere casarse con ella?

VAL. De sus visitas cuotidianas á esta casa y de su larga permanencia en el campo... ¡cuatro meses! él, que nunca ha podido resistir más de siete días.

BAR. ¿Y ha de ser Luisa, por fuerza? ¡Já, já! Vamos, veo que está usted ciegamente enamorado.

VAL. ¿Cómo?

ESCENA V

DICHOS y EL BARÓN

BARÓN ¡Aquí estoy yo!

VAL. Buenos días, querido Barón; ¿qué trae usted?

BARÓN Unas cuantas piedras preciosas.

VAL. ¿Diamantes?

BARÓN No; digo preciosas, por el valor que tienen para mí estos ejemplares de cuarzo. ¡Son rarísimos!

BAR. ¡Uy, qué hombre! ¿No te tengo dicho que no te presentes delante de mí, ni de nadie, con esos... arreos de naturalista?

BARÓN Perdona, mujer, perdona; iré ahora mismo á quitármelos.

ESCENA VI

LA BARONESA y VALREAS

VAL. ¡Já, já! Es un gran tipo el Barón... pero continuemos... decía usted que Sartorys...

BAR. No, no; yo no afirmo nada, y encuentro muy natural que Luisa haga justicia á las sobresalientes cualidades de Enrique.

VAL. Pues entonces... Gilberta y yo...

BAR. ¡Já, já! Gilberta y usted, querido Valreas;

está usted completamente enamorado; hasta luego. (Vase.)

VAL. ¡Vaya si lo estoy!

ESCENA VII

VALREAS y EL BARÓN

BARÓN ¡Ea! ¡ya ves cómo te obedezco! ¡Eh! ¿se ha marchado? ¡Es mucha mujer la Baronesa!

VAL. ¡Sí; tiene un carácter!

BARÓN Usted bien la conoce.

VAL. ¿Yo?

BARÓN Y otros también; porque son muchos los que han hecho la corte á mi esposa... Yo he seguido todos sus manejos...

VAL. ¿Con interés?

BARÓN ¡Y con compasión! ¡pobrecillos!... pero hablemos sólo de usted.

VAL. No; si yo jamás he intentado...

BARÓN Tres veces... usted ha hecho tres tentativas. La primera, naturalmente, al siguiente día de ser presentado por mí... la segunda dos años después, en las carreras de Blois... sin duda esperaba usted ser más afortunado con aquel traje de jockey... ¡Oh! ¡amigo mío! ¡Con otra mujer, no digo que no, pero con la Baronesa!... y la tercera tentativa, la ha hecho usted aquí mismo, hace cuarenta y ocho horas, y por haberle resultado tan infructuosa como las primeras, se dedica usted desde ayer á Gilberta.

VAL. ¿Quién le ha dicho?...

BARÓN ¡Oh!

CRIA. Estas cartas.

BARÓN ¿Para mí? ¡Baronesa!... ¡Baronesa!... ¡Baronesa!... ¡Todas para mi mujer! ¡Desdichados! voy á llevárselas yo mismo. Diga usted que no soy un marido complaciente. (Sale.)

ESCENA VIII

VALREAS y BRIGARD

BRIG. ¡Ah! ¿está usted aún aquí? Me alegro, porque tenemos que hablar.

VAL. Yo también lo deseo.

BRIG. Vamos á ver... ¿qué le ha dicho usted á Gilberta?

VAL. Nada que pudiera herir sus castos oídos.

BRIG. ¿De veras?

VAL. Había de atreverme á cualquier imprudencia, cuando tengo intención...

BRIG. ¿De qué?

VAL. ¡Qué diantre! De ofrecerle mi mano.

BRIG. ¿Usted?

VAL. ¡Yo!

BRIG. ¡Bah!... ¡bah!... ¡eso es una broma!

VAL. Aseguro á usted que jamás he hablado tan seriamente.

BRIG. Amigo Valreas, yo le quiero á usted como se merece, y nunca olvidaré que nos conocimos en la Opera, mejor dicho, en el escenario de la Opera; que hemos corrido juntos algunas francachelas, y, por último, que usted me quitó á Lilí y yo le quité á Lullú.

VAL. ¡Oh!. . en cuanto á eso...

BRIG. ¿Que no le quité á usted á Lullú?

VAL. Bueno, sí.

BRIG. ¡Que yo no le quité á usted!...

VAL. Sí, hombre, sí; ya comprenderá usted que no he de contrariarle, en el momento en que solicito una concesión.

BRIG. Es que me conviene hacer constar... En fin, yo, como digo, le quiero á usted mucho... pero de eso á entregarle la mano de mi Gilberta...

VAL. Pues, aseguro á usted que la haría completamente dichosa.

BRIG. Sí; no lo niego .. mas...

VAL. ¿Qué?

BRIG. Y por otra parte, no me parece muy opor-

tuno venir á hablarme del matrimonio con mi hija, en los momentos en que tiene usted en su casa...

VAL. (¡Adiós!)

BRIG. A la gran Carlota del Palé Royal.

VAL. ¿También usted sabe?

BRIG. Sé que está en casa de usted desde hace cuatro días.

VAL. ¡Cuatro días! ¿Y cuánto tiempo hace que he desertado de mi hogar para refugiarme en otro más santo, en el de usted? Hace cuarenta y ocho horas. Si esto no prueba mi decisión de romper con mi vida pasada...

BRIG. Quien de cuatro quita dos... Siempre quedan cuarenta y ocho horas, de las que más vale no hablar.

VAL. Bien: usted hará lo que quiera, pero yo estoy decidido á no presentarme más delante de Carlota.

BRIG. ¡Eso ya es algo!

VAL. Si encontrara un amigo que quisiera reemplazarme...

BRIG. Un amigo...

VAL. Sí, un amigo de cierta experiencia... que supiera tratar bien el asunto... uno así... (Risas de los dos.)

BRIG. ¡Vaya! tanto me rogará usted.

VAL. ¿Hará usted ese sacrificio? ¿Será usted tan amable?

BRIG. Lo seré. ¡Pero, por Dios, que no sepa nada Virginia!

VAL. ¿Qué Virginia? ¡Ah, bribón! (Risas.) ¿De modo que irá usted á mi casa?

BRIG. En seguida.

VAL. Muy bien, y á su vuelta le reitero á usted oficialmente mi petición.

BRIG. ¡Pero, hombre! ¿Aún piensa usted en eso?

ESCENA IX

DICHOS y LUISA

BRIG. ¡Ah! ven aquí Luisa; llegas en momento oportuno; háblela usted de su pretensión.

LUISA ¿De su pretensión?

VAL. Es que...

BRIG. ¿Duda usted? ¿No está convenido desde hace mucho tiempo, que en esta cabecita reside todo el buen juicio y discreción de la casa Brigard y que ella es el único juez competente en los negocios de importancia?

LUISA Vamos, ¿qué ocurre?

VAL. Pues ocurre que he venido á pedir á su papá de usted la mano de Gilberta.

LUISA ¡Oh!

VAL. Vamos, ¿qué me contesta usted?

LUISA Que aún no está usted vestido para el almuerzo, y que llegará tarde, como otros días.

VAL. Pero, señorita...

BRIG. (¡Já, já! ¡Chúpate esa!)

VAL. ¡De manera que si todo el mundo se conjura contra mí!...

BRIG. ¿Me autoriza usted todavía para ir de su parte?

VAL. Ahora más que nunca.

BRIG. Bien, bien. (¡Pobre muchacho!)

ESCENA X

LUISA, VALREAS después SARTORYS

VAL. Pero, dígame usted siquiera en qué razones se funda para oponerse, porque supongo que usted no sabrá nada de Carlota.

LUISA ¿Eh?

VAL. (¡Soy un necio!)

CRIA. El señor de Sartorys.

SAR. ¡Señorita!

LUISA ¿Ha visto usted á mi padre?

SAR. Acabo de saludarle. ¿Qué tal, Pablo?

VAL. Muy bien. Si usted supiera cómo me tratan en esta casa.

SAR. ¿Sí?

LUISA ¡Por Dios, que va usted á llegar tarde al almuerzo!

VAL. Sí, ya voy... pero volveré, volveré. (Sale.)

ESCENA XI

LUISA y SARTORYS

LUISA ¡Qué tarde ha venido usted hoy!

SAR. Pues he salido de mi casa mucho más temprano que otros días.

LUISA ¿Sí? entonces no me explico...

SAR. Voy á explicárselo á usted. Salí de mi casa á galope, tan grande era mi anhelo de llegar aquí; y sin embargo á unos cien pasos de la verja del jardín, me detuve... ¡Volví grupas y durante una hora larga he estado paseando por estos alrededores; tres veces me he acercado á la casa, y otras tantas me he alejado de ella!... Hasta que por fin he hecho lo que los cobardes, cuando se deciden á realizar una hombrada. He cerrado los ojos, he bajado la cabeza... y aquí me tiene usted.

LUISA (Riendo.) ¿Y el motivo de sus vacilaciones?...

SAR Es que... hoy vengo decidido á decir algo que hace ya tres meses me tiene fuera de mí.

LUISA Si es tan grave... será mejor que esperemos.

SAR. ¡Oh! no, me es absolutamente indispensable salir hoy mismo de dudas... Me lo he jurado... Mas antes necesito recordar á usted cuán buena se ha mostrado siempre conmigo.

LUISA ¡Sí, pero yo le rogaría, amigo Sartorys, que aguardásemos á mi padre! Ya comprende usted que su temor ha de comunicárseme, y...

SAR. No, Luisa, no puedo esperar más... Por otra parte, su señor padre, no sólo me ha autorizado, sino significado que, ante todo, es preciso hablar con usted.

LUISA Bien, de esa manera. (¡Dios mío!)

SAR. Luisa... ¿No lo ha comprendido usted?... ¡Yo amo!

LUISA ¡Ah!

SAR. Yo estoy locamente enamorado de Gilberta.

LUISA ¿De Gilberta?

SAR. ¿Qué, no lo sabía usted?

LUISA No... la verdad... no creí...

SAR. ¿Usted ignoraba? (Y yo que pensé que todo el mundo se había apercibido.) Sí, Luisa, amo á Gilberta, y á la cariñosa amistad que usted siempre me ha demostrado me recomiendo. Usted es la única persona en el mundo en quien desde luego cifro todas mis esperanzas; dígame usted, pues, lo que piensa acerca de este amor.

LUISA ¿Yo?... (¡Era á Gilberta!)

SAR. ¿No me responde usted?

LUISA Sí... sí... lo he entendido perfectamente; ama usted á Gilberta y quiere saber mi opinión...

SAR. Acerca de este matrimonio, caso de que Gilberta me corresponda. ¿Usted le aprueba?

LUISA ¡Oh!... Sin reservas de ninguna especie. ¿Ha podido usted dudarlo? Yo no he hecho ni dicho nada que pudiera hacer á usted creer que no estaba dispuesta á apoyar este casamiento... ¿No es verdad? Nada... ¡Aprobado, aprobado!

SAR. Luego... ¿apoyará usted mi pretensión?

LUISA Con tanto más gusto, cuanto que no conozco... un hombre más digno... de merecer mi bondad.

SAR. ¡Oh, gracias... gracias!

LUISA Me ha cogido tan de nuevas la declaración, que en el primer momento he quedado así... como aturdida, y sin saber qué contestar. Pero después, y ya más serena... puedo afirmarle que es usted el marido que yo había soñado... para mi hermana. La frivolidad propia de su carácter me inquietaba tanto cuando pensaba en su matrimonio... y únicamente un hombre como usted...

SAR. No quiero ocultarla que esa frivolidad es tal vez lo que más en ella me enamora. Yo procuraré, sin embargo, á fuerza de cariño y dulzura...

LUISA ¡Oh, cuánto la ama usted!

SAR. ¡Muchísimo!

LUISA Puesto que ya me ha hecho usted su declaración... (Quiere irse.)

SAR. No; espere usted, se lo ruego... tengo algo más que pedirla.

LUISA ¡Todavía mas!

SAR. Ya que ha sido usted mi ángel protector... termine su obra: hable usted á Gilberta en mi nombre...

LUISA ¡Que yo!... (¡Vírgen Santa!)

SAR. Sí; mi cortedad y timidez provocarían de seguro una carcajada de Gilberta... y... dígale usted el inmerecido concepto en que me tiene y... ¡por Dios! no la asuste insistiendo demasiado sobre la seriedad de mi carácter. Dígala usted que, á pesar de mi estremada rudeza, yo la amo tan locamente como pudiera amarla cualquiera de esos jóvenes que la solicitan... Como Valreas, por ejemplo... ¡Si viera usted cuántas veces le he envidiado! Y en fin, que no es culpa mía si por una incomprensible fatalidad, aquellos que mejor saben sentir, son casi siempre los que con más dificultad expresan su sentimiento.

LUISA Todo se lo diré. La hablaré.

SAR. Mil gracias, ¿y cuándo?

LUISA Ahora mismo, antes de almorzar.

SAR. Sí; pero no en mi presencia. Yo me marcho y aguardaré allí abajo la respuesta. No perderé de vista esta ventana. Si su contestación es afirmativa, no tiene usted más que hacerme una señal.

LUISA ¿Y si se niega?

SAR. No volveré más por esta casa.

ESCENA XII

DICHOS y GILBERTA

GIL. ¡Luisa, Luisa! ¿Quiéres abrocharme... este brazalete? Soy tan torpe. ¡Jesús, cómo te tiemblan las manos! ¿Qué tienes? ¡Ah! Servidora, señor de Sartorys.

SAR. Señorita...
GIL. ¡Calle!.. ¿También está usted temblando? ¿Qué les pasa á ustedes? ¡Ah, qué tonta soy!
LUISA ¿No quería usted pasear?
SAR. Sí, efectivamente. A los piés de ustedes.

ESCENA XIII

LUISA y GILBERTA

GIL. ¡Já, já! La verdad es que he sido muy importuna. ¿Me perdonas?
LUISA ¿Por qué he de perdonarte?
GIL. Por haber entrado así tan de repente, sin hacer la más pequeña señal, sin toser siquiera... ¡soy más aturdida! Pero ¿por qué se ha marchado Sartorys? Ya hubiera yo enmendado mi falta con dar unas cuantas vueltas por la habitación simulando buscar alguna cosa... puf... Frou-Frou se hubiera evaporado.
LUISA Te equivocas por completo: has hecho muy bien en venir, y sobre todo en quedarte, porque precisamente se hablaba de tí.
GIL. ¿De mí?
LUISA El señor de Sartorys ha venido á pedir tu mano.
GIL. ¡Mi mano! ¿El señor de Sartorys pide mi mano?
LUISA Sin duda; ya ha hecho presente su pretensión á nuestro padre, el cual, sabiendo el inmenso cariño que te profeso, le ha encargado que hablase también conmigo.
GIL. Pero si eso es imposible... si estás engañada.
LUISA ¿Yo?
GIL. O se engaña él, puesto que es á tí á quien ama.
LUISA ¿A mí? ¿Y por qué supones?..
GIL. ¡Qué sé yo!.. Porque sí.
LUISA No seas loca. Estoy bien cierta de lo que te digo, porque lo he oído una y otra vez de sus labios, y me ha rogado que te lo repitiera.

GIL. Bueno, bueno, ¿y qué más?

LUISA Que espera tu contestación.

GIL. ¿Y he de contestar enseguida? ¿Sin tomarme una hora siquiera? ¿Y papá se ha limitado á declinar en tí su responsabilidad?

LUISA Le ha dicho que tú sola debías decidir.

GIL. ¿Yo sola? Pero esto es una crueldad: este asunto es demasiado serio para que Frou-Frou pueda resolverle. Mira: siempre que, como un relámpago, ha cruzado por mi imaginación la idea de mi matrimonio, me he prometido que cuando llegase este caso, tú, mi hermana Luisa, que es muy razonable, muy cariñosa y muy discreta, me aconsejaría y decidiría de mi suerte. Vamos á ver; ¿qué me aconsejas, qué debo contestarle?

LUISA Que sí.

GIL. ¿Lo dices de verdad?

LUISA ¿Puedes dudarlo? Sartorys es todo un caballero, que sabrá hacerte dichosa.

GIL. Sí... sí... no trato de negarle su mérito: es un hombre que vale mucho, y me consta que goza entre las gentes de una elevada opinión. Hasta he oído que con el tiempo llegará á ser... ¿qué me han dicho que llegará á ser?

LUISA Ministro... Embajador...

GIL. Eso es. ¡Yo embajadora! ¡Cuánto me gustaría poderlo ser en París! ¡Qué tono me iba á dar! La verdad es que tantos atractivos en un hombre lisonjean el amor propio de la mujer más exigente y ambiciosa. Pero seamos justos. Sus bellísimas cualidades se están dando de cachetes con mis defectos, querida Luisa, porque yo soy la misma imperfección... Nada; no me adules. Tú lo sabes mejor que nadie, y mis defectos son tales, que cualquiera hombre debe desearlos en su mujer, caso de que le guste ser desgraciado... Sí, sé lo que vas á decirme; que el tiempo y el cariño pueden corregírmelos, pero lo creo muy difícil. Yo he sido siempre la niña mimada de esta casa... Primero por

papá, y después por tí... por tí más todavía que por papá. ¡Oh! Sí, muchísimo más. ¡Cuánto te quiero! En fin, no lo dudes; Sartorys y yo somos el día y la noche, el agua y el fuego, y la lucha que se establecería pudiera traer consecuencias fatales.

LUISA ¡El te ama!

GIL. Sí, ya me lo has dicho.

LUISA Y buena prueba es la emoción que ha sentido al verte.

GIL. Cierto que temblaba como un niño. ¡Já, já!..

LUISA ¿Te ríes? ¿Acaso no te llena de orgullo el ser amada por un hombre como él? ¿No te interesa, no te conmueve ese mismo temor?

GIL. Sí... Sí... Pero... ¿Sabes una cosa, querida hermana?

LUISA ¿Qué?

GIL. Que no quiero casarme con el señor de Sartorys.

LUISA ¿Por qué razón?

GIL. Porque hasta ahora siempre he creído que tú le amabas... y continúo creyéndolo.

LUISA ¿Yo?

GIL. ¡Tú!

LUISA ¡Bobina! Si yo le amase, ¿te aconsejaría que te casases con él?

GIL. ¡Qué sé yo! ¿Acaso puedo penetrar en tu pensamiento? ¿No eres muy capaz de sacrificarte por mí, y hasta de perder la razón con tu sacrificio?

LUISA ¡No tanto! ¡No tanto! Yo te quiero entrañablemente, pero por grande que sea mi cariño...

GIL. ¿De veras?

LUISA De veras, y si no tienes otra objeción que hacerme...

GIL. Objeciones no me faltan, pero hechas por mí, ¿tienen algún valor? En la duda, mi querida Luisa, adoptaré mi antigua costumbre; echarme en tus brazos. ¿Debo ó no unirme al señor de Sartorys? No, no me contestes ahora; piénsalo despacio... con calma.

LUISA Lo he reflexionado bastante.

GIL. ¿Y decididamente debo contestar?..

LUISA Que sí.

ESCENA XIV

DICHAS, BRIGARD

BRIG. ¿Le has hablado?

LUISA Sí, señor; consiente.

BRIG. ¡Brabo! ¡Ven aquí, torbellino! ¡Loquilla mía!

GIL. ¿Estás contento de mí?

BRIG. ¡Contentísimo! No podías haber hecho elección que más me agradase. Esto me permitirá dar á ese pobre Valreas una respuesta categórica.

GIL. ¿Cómo?

BRIG. ¿Pues no pretendía también tu mano?

LUISA (Riendo.) ¡Ah, sí... es verdad!

GIL. ¿Y eso os hace reir? ¿Quién sabe si lo que juzgáis una locura?...

LOS DOS ¡Oh!

GIL. En fin, ya está decidido ¿eh? No se hable más. ¡Paso á la futura embajadora!

BRIG. ¡Já, já! Voy á llamar al pobre Sartorys, que está ahí abajo consumiéndose de impaciencia.

GIL. ¿Dónde?

BRIG. Allí, ¿no le ves?

GIL. ¡Ay, sí! ¡Pobre hombre! Llámale, llámale.

BRIG. ¡Eh! ¡Sartorys! Suba usted á oir dos palabras.

ESCENA XV

DICHOS, VALREAS; después SARTORYS, BARÓN y BARONESA

VAL. Ya ve usted cómo no he llegado tarde. (¿Eh? ¿Qué pasa aquí?)

LUISA Señor de Sartorys... ¿nos acompaña usted á almorzar, verdad? Gilberta se lo ruega.

GIL. Sí, señor; se lo ruego.

SAR. ¡Oh! Señorita... Yo... Si... Si usted supiera.

GIL. ¡Comprendido! ¡Comprendido!

VAL. ¿De modo que yo?..

BRIG. ¡Desahuciado!

VAL. Entonces no me queda más remedio que volverme á mi Carlota... digo á mi quinta.

BRIG. Carlota ha partido ya.

VAL. ¿Furiosa?

BRIG. Consolada, muy consolada.

VAL. No hay más que resignarse. ¡Ah, Baronesa, qué preciosa *toilette!*

BAR. ¿Qué hay?

VAL. Hay, que los ojos más hermosos del mundo han sido también los que han visto más claro. Tenía usted razón.

BAR. ¿Luego Sartorys y Gilberta?..

VAL. Es cosa decidida.

BAR. ¿Se casan?

VAL. ¿Música de quién es ese matrimonio?

BAR. ¡Música del porvenir!

VAL. (Será preciso *oirla.)* Entre tanto, no olvide usted que mi única pasión .. mi único sueño...

BARÓN ¡Cuarta tentativa!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En casa de Sartory

ESCENA PRIMERA

PAULINA, PITOU; después GILBERTA

PAU. ¿A quién anuncio?

PIT. A... Pitou... segundo apunte del Palé Royal: vengo de parte del señor de Valreas y ya tiene conocimiento la señora.

GIL. (Saliendo. A Paulina.) Que vayan inmediatamente á avisar á la modista; no como en casa y necesito el traje antes de las seis. (Vase Paulina.)

ESCENA II

GILBERTA y PITOU

GIL. Perfectamente: no se ha hecho usted esperar.

PIT. Tratándose de complacer á la señora, ¿cómo era posible?...

GIL. ¿Luego usted me conoce?

PIT. La otra noche, durante el primer entreacto, la señorita Carlota estaba, según costumbre, inspeccionando la sala por el agujero

del telón, y señalando á un proscenio de la derecha, dijo, dirigiéndose á uno de nuestros constantes abonados: Ahí tiene usted á la señora de Sartorys...

GIL. ¡Ya!

PIT. Cuando se hubo retirado, yo, á mi vez... También conozco á su señor padre de usted; le he visto muchas veces en la habitación del conserje...

GIL. ¿Y qué trae usted aquí?

PIT. El libro de *Indiana y Carlo Magno,* que creo es la obra elegida... Aquí tiene la señora el papel de Indiana, escrito por este su humilde servidor.

GIL. ¿Escrito?

PIT. Copiado, copiado con todas sus acotaciones y detalles.

GIL. Pero, necesitamos también la música...

PIT. Ya la he mandado sacar; no obstante, si la señora desea probarse la voz...

GIL. Ay, sí, con mucho gusto.

PIT. ¡La Galop! La Galop de *El Torbellino*, la sé de memoria.

GIL. Creo que no voy á poder cantar.

PIT. ¿Por qué no? Empecemos. (Llaman á la puerta.)

GIL. ¿Quién? No se puede entrar.

SAR. (Desde dentro.) Soy yo, querida.

GIL. ¡Ah! ¿Eres tú? Adelante.

ESCENA III

DICHOS y SEÑOR SARTORYS

GIL. Tengo el gusto de presentarte al señor Pitou...

PIT. Segundo apunte del Palé Royal.

GIL. Ha venido á traerme los papeles del *vaudeville* que vamos á representar en el conservatorio. *Indiana y Carlo Magno*. Es una función de beneficencia y tú me has dado permiso de...

SAR. Es verdad, pero, si no te contraría mucho y quisieras dedicarme unos instantes...

GIL. Pues no faltaba más. Señor Pitou, otro día continuaremos, ¿eh?

PIT. Como la señora guste... Con sólo mandarme un recadito... ya sabe, Pitou, calle de las Damas, en Batiñols. Caballero... Señora... (Vase.)

ESCENA IV

SARTORYS y GILBERTA

GIL. Será una fiesta brillantísima, que hará honor á todos, y más que á nadie, á la señora de Cambrich.

SAR. ¿Qué papel desempeña?

GIL. El principal, el de organizadora.

SAR. ¡Ya! la reconozco en ese sólo detalle; es una mujer muy hábil.

GIL. Y muy antipática para tí.

SAR. Hago constar únicamente su maquiavelismo.

GIL. Conque tienes que hablarme, ¿eh?... Pues empieza, que ya te escucho.

SAR. Es que se trata de un asunto tan ajeno al que ahora te preocupa...

GIL. ¿Ajeno?... Sepamos... cuál.

SAR. Querida Gilberta. (Gilberta no cesa de estudiar el papel.)

GIL. Díme, ¿cómo es el traje de aldeano bretón?

SAR. Mujer, no estoy muy al corriente... una chaquetilla osbcura... un pantalón también obscuro...

GIL. De terciopelo, ¿eh?

SAR. Si quieres, de terciopelo... medias rayadas...

GIL. ¿De seda?

SAR. Sí, de seda... un sombrero redondo... un chaleco encarnado...

GIL. ¿Y qué más?

SAR. Botones... muchos botones...

GIL. Chaleco encarnado, pantalón obscuro... ¡Uf, será horrible! Ni por los pobres me pongo yo ese traje. Ya inventaré otro más artístico... más... vamos... á mi manera.

SAR. He visto al ministro.
GIL. ¿Y le has dicho que venga?
SAR. ¿A nuestra casa?
GIL. ¡Tonto! Que asista á la representación.
SAR. No, no se me ha ocurrido, pero si quieres puedo invitarle... Está muy empeñado en que acepte un cargo en el extranjero.
GIL. ¿En el extranjero?
SAR. En París es imposible.
GIL. ¿Y qué te ofrece?
SAR. Calrué... ministro en Calrué.
GIL. ¡Ah! ¿Y cuánto hay de París á Calrué?
SAR. No lo sé á punto fijo. Ciento cincuenta á doscientas leguas.
GIL. ¿Tanto como á Baden?
SAR. Poco más, Baden está muy cerca.
GIL. ¿Cerca de Calrué? ¡Acabaras de explicarte! De modo que puedo pasar el verano en Baden contigo, y después vendrás á verme á París todos los meses, ¿eh?
SAR. ¡Ah!
GIL. ¡Y además no lo prometo!... ¡no lo prometo! Porque como soy tan formal, una promesa mía equivale á... ¡já, já!... pero no será difícil que el día menos pensado vaya á sorprenderte... no confíes, sin embargo.
SAR. No, no.
GIL. ¿Supongo que no pensarías en llevarme á Calrué?
SAR. ¿Por qué no?
GIL. ¿Cómo? ¿En aquel rincón solos? ¿Solos todo el año? ¡Eso sería cosa de morirse... de felidad, si quieres... pero al fin... de morirse! ¡qué locura! ¿Comprendes tú París sin Frou-Frou ni Frou-Frou sin París?
SAR. Efectivamente, no comprendo Frou-Frou sin París.
GIL. Entonces...
SAR. Entonces... no hay sino dos partidos que tomar; irme sólo á Calrué ó rehusar el puesto que me proponen.
GIL. Y...
SAR. Y... ya estoy decidido.
GIL. ¿Te vas sin mí? (Algo asustada.)

SAR. Renuncio el cargo.

GIL. Muy bien hecho.

SAR. ¿Lo crees así? Pues no se hable más del asunto; no me siento con fuerzas para contrariarte.

GIL. Es decir, que á pesar de nuestros cinco años de matrimonio, ¿continuas amándome?

SAR. ¡Como el día primero! Pero casi abrigo la seguridad de que no sé quererte.

GIL. ¿Que no sabes?... La mejor manera de amar á su mujer es complacerla en todo.

SAR. ¿Hasta en sus caprichos?

GIL. ¡Hasta en sus locuras! Porque entonces la mujer, en justa reciprocidad, se convierte en esclava de su marido.

SAR. ¿Luego si yo te pidiese?...

GIL. Después de lo que acabas de hacer por mí, ¿puedes dudarlo?

SAR. ¿De veras?

GIL. De veras.

SAR. Pues bien, no tomes parte en esa representación.

GIL. ¡Oh! Yo creí que ibas á pedirme alguna cosa razonable... pero eso... eso es imposible... Tan adelantados los ensayos... Sería un trastorno... y por mí causa; verás, verás qué traje tan lindo voy á lucir, ¡y qué bonita voy á parecerte! Estoy cierta de que al contemplarme desde tu rinconcito te sentirás orgulloso de tu esposa y hasta me aplaudirás.

SAR. ¡Cuánto te quiero! (Levantándose.)

GIL. ¿Te marchas?

SAR. Al ministerio, á decirle nuestra resolución, mi resolución, al ministro; de paso veré á Jorge en las Tullerías.

GIL. ¿No está aquí Jorge?

SAR. No, se ha sentido algo indispuesto esta mañana, y como hace una tarde tan hermosa... he querido que la aprovechen para sacarle á pasear.

GIL. ¿Ha estado indispuesto?

SAR. Poca cosa, casi nada; ¿tú nada sabías?

GIL. ¿Cómo había de saberlo? He ordenado que me le traigan todas las mañanas á mi gabinete, y ahora recuerdo que hoy no le he visto. (Toca el timbre)

PAU. (Saliendo.) ¿Es por el traje, señora? Acaban de mandarle.

GIL. No, no se trata de eso. ¿Por qué no se me ha traído el niño esta mañana?

PAU. Ha venido con su aya al gabinete de la señora, según costumbre... pero la señora dormía y no se han atrevido á despertarla.

GIL. ¿Y por qué no?

PAU. Como el día anterior, cuando la despertamos, nos recibió tan mal...

GIL. ¿Que yo?...

SAR. Bueno, bueno, déjenos usted.

GIL. ¿Que yo recibí mal á mi Jorge? ¿Te parece?

SAR. ¿Qué embustera, eh? No se hable más del asunto; me voy al ministerio.

GIL. ¿Sin abrazarme?

SAR. ¡Ah, Gilberta!

GIL. Que no vengas tarde, ya sabes que hoy como en casa de la señora de Cambrich.

SAR. ¡Hola! ¿Y yo?...

GIL. Imposible, hijo mío; hemos eliminado á los hombres, porque tenemos que discutir con entera libertad una cuestión importantísima; los trajes.

SAR. ¡Ah! en ese caso...

GIL. ¿Comerás en el Club?

SAR. No, he de escribir bastante esta noche, y comeré en casa.

GIL. ¿Solo?

SAR. No, no tan sólo, con Jorge. Ea, adiós, adiós.

ESCENA V

GILBERTA

Con Jorge... con Jorge... ¿Si creerá que no comprendo perfectamente lo que me quiere decir?... ¡Las tres menos cuarto!... ¡Cualquie-

ra, al oirle, pensaría que yo no quiero á mi hijo! le quiero... como quieren á los suyos todas las madres que yo conozco. Pero no he de llevarle yo misma á pasear por las Tullerías, ni á correr con su aro, ni á tirar de su caballito... y sin embargo, después de todo... nada tendría de particular... una tarde de estas... ¡Ay, Dios mío, qué tarde! La señora de Cambrich y el señor de Valreas, vendrán para que ensayemos la obra; ¡y yo sin saber una palabra de mi papel! ¡A estudiar ahora mismo! ¡que no me tachen de Frou-Frou! A ver, duo... (Empieza á tocar en el piano.)

ESCENA VI

GILBERTA y BRIGARD.

BRIG. ¡Brava! ¡bravísima!

GIL. ¡Papá!

BRIG. ¡Continúa, continúa! Duo de *Indiana y Carlomagno*, me le sé de memoria.

GIL. ¿Sí? ¿Me le enseñarás?

BRIG. Cuando quieras.

GIL. ¿Es muy difícil de aprender?

BRIG. En cinco minutos.

GIL. Bien, pues luego. ¿Cómo está Luisa?

BRIG. Muy bien. (Tararea.) ¿A que no adivinas á lo que vengo?

GIL. A verme.

BRIG. Es natural, y á notificarte mi partida.

GIL. ¿Tu partida?

BRIG. Mañana por la tarde.

GIL. ¿Y á dónde?

BRIG. A Bohemia.

GIL. (Ahogando la risa.) ¿A Bohemia?

BRIG. Sí, ¿de qué te ríes?

GIL. (Riendo más fuerte.) No, de nada.

BRIG. ¿De qué te ríes?

GIL. De eso... de.. Bohemia.

BRIG. Pues no sé qué tenga de risible... Vamos...

GIL. ¡No te enfades! ¿De modo que no estarás aquí para admirarme, para aplaudirme?

BRIG. Imposible; voy á Praga, encargado por el Ministro...

GIL. ¿De alguna misión coreográfica? (Movimiento de Brigard.) ¡Já, já! No, no te incomodes; es una broma.

BRIG. Gilberta, no te olvides de que me debes respeto... y... en fin.. hablemos de tu hermana Luisa.

GIL. Es verdad, que no puedes llevártela.

BRIG. Naturalmente... porque... (Miradas, sonrisas, etcétera.) porque no debo... digo... porque no puedo llevármela, ¡ea!

GIL. Pues bien; yo lo celebro infinito, porque de esa manera se vendrá á vivir con nosotros.

BRIG. Es claro; pero ¿creerás que se le ha ocurrido pasar los tres meses de mi ausencia en un convento?

GIL. ¿En un convento? ¡Jesús! ¡Está loca! Nada, nada, es necesario que venga á vivir aquí, y no por tres, ni seis meses, ni un año, sino por toda la vida, una vez que está resuelta á no casarse nunca. ¡Tú sabes cuánto la quiero! ¡Y á tí también, Papá! Y que este cariño me torna en la mujer más juiciosa del mundo. ¡Tú sabes cuánto he suplicado á mi hermana para decidirla á vivir con nosotros y no ignoras que siempre ha rechazado mis mis súplicas, con una firmeza de caracter que hasta me ha hecho llorar!

BRIG. El temor de molestaros.

GIL. ¡Pues apenas la casa es espaciosa!...

BRIG. ¡Quiero decir, que el temor de turbar vuestra dicha!.. La felicidad, cuanto más á solas..

GIL. En los quince primeros días de nuestro matrimonio.. se comprende... pero, ¡á los cinco años!...

BRIG. No vayas á decirle á ella esas cosas...

GIL. La diré todo lo que sea preciso para convencerla. Tráemela, ó mejor, yo misma iré á buscarla.

BRIG. Es inútil, porque va á venir á verte.

GIL. ¡Ah! entonces, con no dejarla salir, y hasta si es necesario, cerrar las puertas...

BRIG. ¡Magnífico!

GIL. Y respecto á turbar nuestra felicidad, que no abrigue temor alguno.

BRIG. ¿Cómo que no abrigue? Oye, oye... ¿Acaso tu esposo? Habláme con franqueza... porque mi deber...

GIL. (Riendo.) ¿Tu deber? ¡Papá, por Dios!...

BRIG. Sí, señora; mi deber de padre...

GIL. (Riendo) Dime. ¿Con quién te vas á Bohemia, con la?... (Movimiento de Brigard. Un criado abre la puerta. Entra la Baronesa.)

ESCENA VII

DICHOS y la BARONESA

BAR. ¿Se puede?

GIL. ¡Oh!

BRIG. Me alegro en el alma de ver á usted, Baronesa; esto me proporciona la dicha de estrechar su mano antes de partir.

BAR. ¿Decididamente se va usted á Bohemia?

BRIG. Decididamente.

BAR. Yo, en lugar de usted, haría lo propio, después del desengaño recibido en el último baile de la Opera...

BRIG. (Baronesa, por Dios.)

GIL. ¡Já, já! Lo había sospechado.

BRIG. ¡No creas una palabra de lo que te diga la Baronesa! Adiós, señora. (Abrazando á su hija. Adiós, volveré á despedirme de tí y de Luisa, puesto que estás segura de convencerla. ¡Por Dios, Baronesa!

BAR. Hasta la vista.

BBIG. ¡Mis canas, Baronesa; respete usted mis canas!

BAR. ¿Sus canas? No las veo.

BRIG. Es verdad, siempre me olvido de que están teñidas. ¡Adiós, hija mía, adiós! (Vase.)

ESCENA VIII

GILBERTA y la BARONESA

BAR. ¿Qué decía tu papá? ¿Que si estabas segura de hacer quedar á Luisa?

GIL. Sí.

BAR. ¿En dónde?

GIL. ¡Pues aquí!

BAR. ¡Ah! ¡Aquí!

GIL. Es claro, Luisa se vendrá á vivir á nuestra casa todo el tiempo que dure la ausencia de papá, y una vez que la tenga á mi lado, espero que sea para siempre.

BAR. ¡Ah! ¿Para siempre? De modo que la llevarás á Calrué?

GIL. ¿A Calrué?

BAR. ¿Tu marido no ha sido nombrado?...

GIL. Sí, pero renunció el puesto.

BAR. Te doy la enhorabuena, querida; no hay mujer en el mundo más adorada por su esposo Entonces excuso preguntarte si consiente en que tomes parte en nuestra función benéfica.

GIL. Eso de consentir... se resigna nada más.

BAR. Bien. ¿Sabes ya tu papel?

GIL. No del todo; la última escena.

BAR. ¿Quieres que la ensayemos?

GIL. En seguida.

BAR. Esta representación va á ser el acontecimiento de la temporada, y á tí, á tu concurso se deberán la mayor parte de los rendimientos.

GIL. ¿Serán grandes?

BAR. Enormes; y a propósito, tengo que contarte una cosa.

GIL. ¿Qué?

BAR. Figúrate que, hace poco, estando yo en mi casa muy tranquila, me anuncian un caballero que no conozco, y que venía, según me dijeron, á comprar billetes. Como comprenderás, le recibí sin pérdida de momento, me

saludó muy cortés... y ¿quién dirás que era? Un vividor que venía de parte de la Agencia de Teatros á suplicarme que le permitiera vender cierto número de billetes, que me pagó en el acto, ofreciéndome por ese permiso, oye bien, una limosna de quinientos francos para los pobres.

GIL. ¡Oh!

BAR. ¿Qué iba yo á hacer? ¡Era para los pobres! Los tomé y aquí los tienes.

GIL. ¡Oh! ¡El primer dinero que gano! Será preciso mandárselo en seguida al abate. (*Se sienta á escribir.*) Por supuesto, sin decirle la procedencia.

BAR. Por supuesto.

GIL. Dos letras mías y nada más. (*Timbre y aparece un criado.*) Que lleven esto al instante á su destino. ¡Quinientos francos! Pero los que compren billetes en la Agencia pagarán doble cantidad y serán muy descontentadizos.

BAR. ¡En cuanto te vean en escena!...

GIL. ¿Lo cree usted así?

BAR. Sin duda; será un éxito, te lo aseguro, y máxime secundada por el señor de Valreas.

GIL. Sí, caso que le dé la gana de aprender su papel.

BAR. Le aprenderá y le desempeñará á las mil maravillas. Cuando menos, tiene una gran ventaja á su favor.

GIL. ¿Cuál?

BAR. Que sentirá el papel, puesto que se halla perdidamente enamorado.

GIL. ¡Já!... ¡ja!... ¿De mí?

BAR. Es claro.

GIL. Y usted, que tan á fondo le conoce, ¿cree en esa pasión?

BAR. Precisamente porque le conozco muy á fondo, sé cuándo el señor de Valreas habla en serio ó en broma; está enamorado de tí, y...

CRIA. (*Sale anunciando.*) El señor de Valreas.

ESCENA IX

DICHAS y VALREAS

VAL. ¡Señoras!

BAR. ¡Adiós, señor de Valreas! ¿No felicita usted á Gilberta?

VAL. ¿Que la felicite?

BAR. Su amigo de usted Sartory va destinado á Calrué, y su querida esposa parte con él dentro de ocho días.

VAL. ¡Oh!

BAR. (A Gilberta.) (Qué te parece, ¿está ó no está enamorado?)

GIL. ¿Vamos á ensayar?

BAR. (¡Eh! ¡No sea usted niño, ha sido una broma; nadie se marcha.)

VAL. ¿De veras?

GIL. ¿Ensayamos?

VAL. Sí, ahora mismo.

GIL. La última escena, que aún no hemos pasado una sola vez.

VAL. Vaya por la última.

GIL. Sí, á usted le tiene sin cuidado que sea la primera ó la última; no sabe usted una palabra.

VAL. ¿Que no? ¡Ahora lo veremos! Usted nos hará el obsequio de apuntar ¿eh?

GIL. Vamos, la decoración...

VAL. La decoración; la escena está dividida; este es el tabique que separa los dos aposentos: el de Indiana y el de Carlo-Magno; aparecen cada uno en su habitación.

GIL. ¿Lo ve usted? No es nada de eso; ensayamos la última escena.

VAL. ¡Ah, sí, perdone usted!

BAR. Indiana está en casa de Carlo-Magno.

VAL. Y Carlo-Magno en casa de Indiana. ¡Ah! Se me olvidaba: la puerta. ¿Estamos?

GIL. Estamos.

VAL. Cuando el sereno ha salido... en busca del comisario... Me lo sé de memoria.

GIL. ¡Ha partido! (Declamando.) ¡Ha partido!
VAL. ¡Bravo! ¡Bravo!
GIL. Pero si vuelve con el comisario... forzarán las cerraduras y abrirán. ¡Oh, qué vergüenza! ¡Caballero, basta de bromas!
BAR. ¡Muy bien, muy bien!
GIL. ¡Caballero, basta de bromas!
BAR. Y VAL. Muy bien.
GIL. Y en la representación lo diré mejor todavía.
BAR. Ahora usted. ¡Ah, qué rayo de luz!
VAL. No, si lo sé, lo sé. ¡Ah, que un rayo me parta!
GIL. Y BAR. ¡Já, já!
VAL. ¡Señorila! Voy á trasladar los muebles de mi habitación á la suya.
GIL. ¿Cómo á la mía?
VAL. Es claro. ¿No me caso con usted?
GIL. ¿Conmígo?
VAL. Sí.
GIL. ¿Ante el alcalde?
BAR. Aquí dice que esto debe expresarse con viveza.
GIL. ¡Ah! ¿Y no lo he expresado?
BAR. Has dicho: Ante el alcalde...
GIL. Bueno. ¿Quieren ustedes que volvamos á empezar?
BAT. VAL. Con mucho gusto.
GIL. Pues si hace usted el favor...
VAL. ¿No me caso con usted?
GIL. ¿Ante el alcalde? ¿Ante el alcalde? Me parece que ahora...
BAR. Muy bien, muy bien.
VAL. (Declamando.) ¡Oh! Abra usted pronto, señorita.
GIL. (Declamando.) No, de ninguna manera. ¡Ah, ya vienen, ya vienen, aquél es el comisario! ¡Dios mío, qué nariz tan larga!
VAL. ¡Abra usted pronto! Escápese usted por aquí.
BAR. Ahora abres la puerta.

GIL. Bien, ¿y qué digo?

BAR. ¡Esto es peor! ¡Yo en casa de un hombre, qué situación!

GIL. ¡Esto es peor! ¡Yo en casa de un hombre, qué situación tan horrible! Huyamos presto, sálvese el que pueda.

VAL. ¡Brabo! ¡Bravo! Pero antes... (Quiere abrazarla.)

GIL. No, eso no.

VAL. ¿Cómo que no? Señor director...

BAR. El señor de Valreas está en lo cierto; el libro dice: «abrazándola al pasar.»

GIL. ¡Ah! ¿El libro dice?...

BAR. Aquí lo tienes.

GIL. No importa, lo pasaremos por alto.

VAL. ¿Cómo por alto? Si sólo por ese detalle he aceptado yo el papel.

GIL. Bueno, el día de la representación no digo... pero ahora...

VAL. Eso es, y ese día lo haré muy mal, puesto que no se me ha permitido ensayarlo.

GIL. Vaya, ¿continuamos?

VAL. No señor, yo no ensayo más.

GIL. Señor director...

BAR. Pero, hija, si está en su derecho.

GIL. ¡Ah! ¿Usted también?...

BAR. Sí, todo es por los pobres...

GIL. Bueno, si es por los pobres y usted lo manda...

VAL. ¡Ah! Continuemos.

BAR. Vamos. «Sálvese»...

GIL. ¡Huyamos! Sálvese el que pueda ..

VAL. «Pero antes ..»

BAR. ¿Qué hace usted hombre?

VAL. Sí, sí.... «pero antes...»

ESCENA X

DICHOS y LUISA

VAL. (A Luisa.) Cuidado señorita, cuidado.

LUISA Gracias.

GIL. (A Luisa.) Ya lo ves, estabámos ensayando.

LUISA Siento haber interrumpido...

BAR. Pues yo te lo agradezco, porque, engolfada en mi dirección, me había olvidado que estoy haciendo falta en mi casa. Te espero á comer, ¿eh? (A Gilberta.) Hasta luego.

GIL. Adiós.

BAR. (A Gilberta.) Ya la tienes aquí; ¿insistes en retenerla á tu lado?

GIL. Ya lo creo.

BAR. Adiós, Luisa. ¿No viene usted? (A Valreas.)

VAL. Sí, sí señora.

BAR. ¿Cuándo se repetirá el ensayo?

GIL. Ya lo acordarémos esta noche.

VAL. ¿Y me avisarán?

GIL. Por supuesto.

VAL. (Esperaré el aviso.) Señoras...

TODOS Adiós, adiós. (Vanse Baronesa y Valreas.)

ESCENA XI

GILBERTA y LUISA

GIL. (Abrazándola.) ¡Luisa, mi querida Luisa!

LUISA ¿Qué contenta estás?

GIL. Pues, no. Si hoy es uno de los días más felices de mi vida.

LUISA ¿Qué te sucede?

GIL. Figúrate que yo tengo una hermana... una hermana á quien respeto, idolatro, á quien adoro, y que después de haber estado separada de ella durante cinco años eternos, se me presenta una ocasión favorabilísima de tenerla á mi lado para siempre, para siempre.

LUISA ¿Qué dices?

GIL. Lo que ya está convenido entre papá y yo; que te quedes aquí y no volveremos á separarnos nunca, nunca.

LUISA ¿Cómo?

ESCENA XII

DICHAS y SARTORY

SAR. (Entrando.) Acaban de decirme que estaba usted aquí.

GIL. ¿Has visto al Ministro?

SAR. Sí.

GIL. ¿Y qué?

SAR. Todo está terminado.

GIL. ¡Ah, cuánto te quiero! Y para consolarte, á cambio de la misión diplomática que ibas á desempeñar, voy á encargarte de otra no menos diplomática y difícil, y... más de mi gusto.

SAR. Sepamos.

GIL. Papá se marcha esta misma noche, y estará ausente de París lo menos tres meses; es necesario, indispensable, que con tu talento y elocuencia convenzas á Luisa para que esos tres meses los pase á nuestro lado, y después otros tres, y otros, y otros...

SAR. Si en mí consiste...

LUISA Pero...

GIL. No hay pero que valga. ¿Qué razones podrá aducir para no acceder á nuestras súplicas? ¿Que teme molestarnos? Tú la harás comprender fácilmente que no sabe lo que se dice, y la probarás que, por el contrario, su presencia en esta casa es de urgente, de suma necesidad. Tú conoces demasiado su manera de ser, y la persuadirás de que tiene grandes deberes que cumplir á nuestro lado. Dila que aquí, como en todas partes, hay una porción de asuntos serios que resolver y tratar, y esto á ella le es tan agradable como enojoso á Frou-Frou. Dila, además... todo lo que se te ocurra para convencerla... Yo no tengo tiempo... ¡Ah! Sí. Dila que mi Jorge, que nuestro hijo, la adora, y también se lo suplica, y tú... ¿Ves? ¿Ves qué bien has hecho en venir? Así comeréis juntos; yo soy

una loca, una ingrata, que le abandono; tú me reemplazarás... Nada, queda convenido; ni una palabra. ¡No hables! ¡No te dejo!... (Dándola besos.) ¡Toma! ¡Toma!.. ¡Adiós! ¡Qué feliz soy!

ESCENA XIII

LUISA y SARTORYS

SAR. Convenido, pues, y no admito discusión sobre este asunto.

LUISA Despacio, despacio, Sartorys.

SAR. ¿Tendré que incomodarme? (Riéndose.)

LUISA ¡Oh!

SAR. Lo suplicaré entonces.

LUISA Ni aun así accedo.

SAR. Sin embargo, á usted no se la oculta que nos prestaría un gran servicio á los dos, porque su presencia vendría á llenar el inmenso vacío...

LUISA ¿Pues qué falta aquí?

SAR. ¿Qué falta? ¡Una mujer! Usted lo sabe tan bien como yo, aun cuando aparenta no comprenderlo. (Pausa.)

LUISA Veamos, ¿qué sucede?

SAR. Mucho y nada.

LUISA Explíquese usted.

SAR. Yo adoro á Gilberta.

LUISA Lo sé hace tiempo, y no veo en ello ningún mal.

SAR. ¿No? Esta mañana he recibido el nombramiento. ¿Lo sabía usted?

LUISA Sí.

SAR. Lleno de gozo se lo anuncié á Gilberta, y me contestó en el acto que jamás consentiría en partir.

LUISA ¿Y usted?

SAR. ¿Yo?.. He renunciado el puesto.

LUISA ¿Ha renunciado?

SAR. Sí, en su obsequio; la he regalado mi renuncia, como hubiera podido regalarla un ramo de flores, y, sin embargo, al renunciar, no se

me ocultaba que destruía mi porvenir. Amo á Gilberta con idolatría, y ella... ella no me ama, porque si me amase no hubiera consentido en mi sacrificio.

LUISA ¡Pobre Sartorys!

SAR. Cuando usted me dió á Gilberta, porque usted fué quien me la dió...

LUISA Yo fuí.

SAR. ¿Qué me dijo? «Sartorys, usted es el esposo que mi hermana necesita; casada con un hombre tan sensato y tan formal como usted, dejarán de inspirarme miedo sus locuras.» ¡Oh! Usted no podía sospechar entonces á qué extremo había de conducirme mi sensatez y mi formalidad. Porque todos esos defectos que inspiraban á usted tanto temor y que constituyen el carácter de Gilberta, no los quise, no los pude ver en aquella época, porque la amaba. La amo aún como el primer día, y esa es la causa de que después de siete años de matrimonio encuentre usted á su hermana en el mismo estado.

LUISA Pero, ¿y su hijo?

SAR. ¿Su hijo? Adora en él; ha estado gravemente enfermo y ha pasado ocho noches á su cabecera durmiendo apenas una hora. Hay días que no se separa de él un solo momento, y semanas enteras que sólo le vé cinco minutos por la mañana y otros cinco por la noche.

LUISA Entónces, ¿quién cuida del niño?

SAR. Su aya... y yo, cuando puedo.

LUISA ¡Esto es horrible!

SAR. ¡Horrible, sí! Y si Gilberta y yo quedamos abandonados el uno á su debilidad y la otra á sus locuras, ¡quién sabe cómo terminará esta situación! Mientras que si un carácter severo, enérgico, juicioso, viniese á interponerse entre los dos, á encargarse del gobierno de esta casa, á recordar á Gilberta el cumplimiento de ciertos deberes...

LUISA Pero usted...

SAR. Sí, yo debía ser ese carácter, es verdad; pero

no me siento con fuerzas para ello. Hay situaciones en la vida que más provocan á risa que á lástima, y esta es una de ellas. Una mujer frívola y un marido débil que parece complacerse en serlo. Esto se ve á todas horas y nada tiene de particular, y sin embargo, el peligro subsiste y las consecuencias pueden ser fatales. En su mano de usted está el evitarlas.

LUISA ¡Dios mío! ¡Está bien; me quedaré!

SAR. ¡Oh! Gracias.

ESCENA XIV

DICHOS, GILBERTA y JORGE

GIL. ¡Uif, qué tarde es ya! (Toca un timbre y sale el criado.) ¿La has convencido, eh? El coche en seguida.

SAR. Sí,

GIL. ¡Qué buena eres! ¡Qué alegría me das! Ten cuidado, que vas á rasgarme el vestido!

LUISA Ven, ven conmigo.

GIL. Sí, anda con tu tía.

JOR. Sí que me iré.

GIL. ¡Qué á gusto vais á comer los tres! Antes de salir es menester que os coloque en vuestros puestos. Toma, aquí tienes tus periódicos. Tú, Luisa, allí, junto al fuego... en mi sitio, y Jorge con sus juguetes.

CRIA. (Que sale.) El coche de la señora está esperando.

GIL. Voy, voy en seguida. ¡Qué bien estais los tres! ¡Qué cuadro de familia más delicioso! (Tirando tres besos.) ¡Para mi Jorge! ¡Para mi Luisa! ¡Para tí!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

GILBERTA, despues BARONESA

GIL. ¿No ha vuelto aún de casa del señor de Valreas?

CRIA. Todavía no, señora. (Mutis.)

GIL. Está bien. ¿Qué respuesta dará? Sólo una: que me obedece y que parte.

BAR. Soy yo, querida. Anda, ponte un sombrero y acompáñame.

GIL. ¿Dónde?

BAR. Á la calle de Riselier.

GIL. ¿A la calle?..

BAR. Sí; allí hay un hotelito muy cuco y muy bien amueblado, donde la señora de Sersy ha tenido la desgracia de ser sorprendida por su esposo. ¿Tú no lo sabías? No se habla de otra cosa en París. Todo el mundo ha ido á ver esa habitación histórica. Conque... no recuerdo el número, pero ya le encontraremos.

GIL. Agradezco á usted mucho... pero no tengo humor.

BAR. ¿Que no tienes?.. A ver, mírame, deja que te contemple despacio: noto demasiada gravedad en tu rostro, demasiada.

GIL. Y aunque así sea.

BAR. La seriedad en las personas que no tienen costumbre de serlo, es un síntoma muy alarmante... y lo peor es que creo adivinar el motivo.

GIL. Es algo difícil.

BAR. ¿Me equivoco? ¿No anda por medio cierto calavera?

GIL. ¿El señor Valreas? Sí, no quiero negarlo... pero se engaña usted mucho si imagina que ese calavera puede inspirar temor alguno... Dentro de un instante quizá quedará usted convencida. ¡Ah! ¿Es la respuesta?

CRIA. Sí, señora.

GIL. Tome usted. (Después de haber leído.)

BAR. (Leyendo.) «Me ordena usted partir, y esta misma noche será obedecida.»

GIL. ¿Lo ve usted?

BAR. Sí; ya veo que el mal es más grave de lo que sospechaba. Esta respuesta es la contestación á una carta tuya.

GIL. Naturalmente, una carta en que le ordenaba partir.

BAR. ¿En la que le ordenabas partir? ¿Ahí estamos? ¡Oh, querida Gilberta! Hablemos seriamente, porque lo que antes casi me servía de diversión, empieza á inquietarme demasiado. Yo te creía una mujer más práctica, menos impresionable, más juiciosa, una mujer, en fin, como yo; porque aquí, donde me ves tan alegre y tan despreocupada, si alguien viniera á hablarme de otro hombre que no fuese el Barón, se llevaría el más solemne desengaño: me haría el mismo efecto que si, después de haber recibido cincuenta palos por deber, me propusieran recibir otros cincuenta por placer. ¡Horror! Y estos creía yo que eran también tus principios. ¿Quién hubiera podido presumir que ese alocado de Valreas llegaría á ser un hombre peligroso?

GIL. ¡Y tan peligroso! Y por ello le estoy muy reconocida; porque el sentimiento de ese peligro que me amenazaba ha sido quizá la

primera idea seria que ha germinado en mi cerebro, y tras ella se han ido deslizando otras muchas.

BAR. ¿Eh?

GIL. Cuando yo anuncié á usted que Luisa venía á vivir con nosotros, ¿recuerda usted lo que me dijo?

BAR. No recuerdo. ¿Qué dije?

GIL. Dijo usted «¡ah!»

BAR. ¿Y qué?

GIL. Que cuando, instalada Luisa en mi casa, he podido apercibirme de que su presencia no me hacía tan feliz como yo sospechaba; cuando he visto que poco á poco, insensiblemente, á pesar suyo, sin duda, se ha ido apoderando de mi puesto, cerca de mi esposo y de mi hijo, he sentido nacer dentro de mí ideas tan horribles...

BAR. ¡Gilberta!

GIL. Sí, Baronesa, sí. Ahora comprendo y me explico la exclamación de usted. Usted adivinó en el acto todo lo que había de suceder; pero no suponía siquiera de lo que seré capaz para remediarlo.

BAR. ¡Me asustas! ¿Qué intentas hacer?

GIL. Revindicar todos mis derechos, recobrar todo lo que es mío; cambiar en absoluto de carácter y modo de ser.

BAR. ¿Y podrás?

GIL. Estoy resuelta á ello.

BAR. Bien, pero no te precipites, nada de locuras ni de extremos que pueden producir un efecto contrario. ¡Bah! Puesto que no quieres acompañarme... Si yo estuviera en tu lugar, me encerraría lo menos cuarenta y ocho horas en mi gabinete, y durante esas cuarenta y ocho horas, procuraría calmarme, no pensar en nada, ni ocuparme de nada, y una vez tranquila y serena...

GIL. Jamás he estado tan tranquila.

BAR. ¡Ah! Entonces...

GIL. ¡Adiós, hasta mañana!

BAR. ¡Adiós! (Mutis.)

ESCENA II

GILBERTA y PAULINA

(Timbre.)

PAU. Señora...

GIL. ¿El señor ha salido?

PAU. Creo que no, señora.

GIL. Díle que deseo hablarle. ¡Pobre muchacho! Tiene razón la Baronesa. ¿Quién había de creer que sería capaz de sentir una pasión? Porque me ama, no hay duda, y partirá... ¡Oh! Estoy satisfecha de él y de mí. (Rompe la carta.)

ESCENA III

DICHA, LUISA y SARTORYS

LUISA Buenos días, locatis.

GIL. ¡Eh! ¿Vas á salir?

SAR. ¿Qué deseas, querida?

GIL. Hablarte. ¿Dónde vas?

LUISA A casa de la señora de Lury á adquirir informes de la nueva aya que tomamos para el niño.

GIL. (¡Tomamos!) ¿No puedo ir yo misma?

SAR. Si vas tú á casa de la señora de Lury, sé lo que sucederá: que entre las dos inventaréis algún vestido nuevo... sin ocuparos de lo más importante, del aya. Deja, pues, que Luisa se encargue.

GIL. Está bién.

LUISA Y no olvide usted que á las cuatro debe salir para ver esos terrenos que queremos comprar.

GIL. (¡Queremos!)

SAR. No lo olvidaré, señorita, no lo olvidaré.

LUISA Hasta luego, Frou-Frou.

GIL. Hasta luego.

ESCENA IV

GILBERTA y SARTORYS

SAR. ¿Qué deseabas?

GIL. Quería...

SAR. Parece que te cuesta trabajo...

GIL. Si es tan delicado lo que tengo que decirte... Es algo así como una confesión.

SAR. ¿Una confesión?

GIL. Sí; tengo que acusarme...

SAR. ¿Deudas, acaso? ¡Ah, Frou-Frou!

GIL. No, nada de eso.

SAR. Entonces.

GIL. ¿No lo adivinas? Tengo que acusarme de haber sido algo frívola, algo ligera, después de nuestro matrimonio, y aun después del nacimiento de nuestro Jorge... en una palabra, que he seguido siendo Frou-Frou... sin haber intentado corregirme.

SAR. ¿Y eso es todo? ¡Já, já! Casi me habías puesto en cuidado.

GIL. ¿Es decir?...

SAR. Tranquilízate, porque la cosa no tiene importancia.

GIL. ¿Qué no tiene?... ¡Pues antes no pensabas así!...

SAR. Bien, sí, antes... pero desde hace dos meses...

GIL. Justo, dos meses.

SAR. Desde que Luisa está con nosotros...

GIL. ¿Todos los peligros han desaparecido?

SAR. De tal modo, que aunque á Frou-Frou le pluguiese ser aún más Frou-Frou de lo que siempre ha sido, el mal no revestiría por eso más importancia, puesto que en tu lugar...

GIL. ¿Y si yo reclamase ese lugar?

SAR. ¡Qué idea! Ahora que todo marcha á maravilla.

GIL. ¿Lo crees así?

SAR. Sin duda. Mira á nuestro alrededor, Gilberta mía, y dime si jamás casa alguna ha estado mejor ordenada que lo está la nuestra

en la actualidad, gracias á los cuidados de Luisa; vé con qué solicitud atiende y educa á nuestro Jorge; y aun á mí mismo, ¿no me hallas con cierto aire de prosperidad? (Se levanta.)

GIL. Aun siendo eso exacto... ¿si yo quisiera encargarme del gobierno de mi casa?...

SAR. Tu resolución me parecería muy loable y muy digna de ser alentada, y te alentaría, pero...

GIL. ¿Qué?

SAR. Pero, si á pesar de tus buenos propósitos y de mi ayuda, al cabo de cierto tiempo el cansancio viniera á echar por tierra tus ilusiones, no te creas por eso obligada á mortificarte contrariando tu natural manera de ser; torna á tus antiguas costumbres y placeres, que yo, lejos de reprocharte por ello, me contentaré con ser el marido de la más linda, de la más elegante y de la más festejada de las mujeres. (Se sienta. Pausa.)

GIL. Dime: ¿ese cargo que te ofrecían y que por mi rehusaste?...

SAR. ¿Calrué?

GIL. Sí; ¿no podrías aceptarlo ahora? Ahí ó á otra parte cualquiera, yo te seguiría gustosa.

SAR. Ya es tarde. El ministro tenía razón para molestarse por mi negativa, y, sin embargo, me ha tratado con singular deferencia, puesto que me ha dado en París un cargo análogo al que había de desempeñar en Calrué; nada hemos perdido, y nada tienes de qué arrepentirte. (Se levanta.)

GIL. No obstante, observo que todo cuanto pido...

SAR. ¡Oh! lo tengo muy en cuenta.

GIL. ¿Sí?

SAR. Esos dos caballos que tanto te gustaban...

GIL. ¿Tú supones?... No los quiero.

SAR. ¿No?

ESCENA V

DICHOS y BRIGARD

BRIG. Buenos días, queridos.

SAR. ¡Oh! Llega usted muy oportunamente; Gilberta está algo nerviosa...

BRIG. ¿Algo nerviosa? ¿Pues qué pasa?

GIL. Nada, papá.

BRIG. ¿De veras? Más vale así. Es necesario que me hagas un favor; parece que ayer á caballo lucías una gorra...

GIL. Sí.

BRIG. Pues bien; y yo, contando con lo mucho que quieres á tu papaito, he prometido llevársela á una persona que está loca por poseer otra igual; á la señora de Lauveren, ¿sabes? Te digo el nombre, no vayas á figurarte... ¿Qué haces?

GIL. Dar orden de que la traigan. (Entra Paulina, y Gilberta la habla en voz baja.)

BRIG. ¡Monísima! (Aparte á Sartorys.) ¿No lo has sabido? ¿La han silbado? Por eso me he venido un mes antes, ¡la han silbado!

SAR. ¿A quién?

BRIG. Á Antonia Brunet, que yo acompañé á Praga. ¡Intrigas! intrigas de abonados envidiosos; puedes sostenerlo en todas partes.

SAR. Lo sostendré.

BRIG. Gracias.

SAR. Ea, dejo á usted con Gilberta, y le ruego que no la abandone hasta que vuelva á recobrar su alegría. No sé qué tiene hoy...

BRIG. Niñerías...

SAR. (A Gilberta.) ¡Vamos! ¿Te envío los caballos?

GIL. He dicho que no los quiero. ¿Cuántas veces lo he de repetir?

SAR. ¿No? Pues bien; quiéralos ó no, los tendrá usted, señora... ¡Empiezo á ser inflexible! ¡Já, já, já!

BRIG. ¡Bravísimo! Envíala cuatro. (Vase.)

ESCENA VI

GILBERTA y BRIGARD

BRIG. Es delicioso este Sartorys.

GIL. (¡Oh! Cuando yo deseo corregirme...)

BRIG. ¡Delicioso, delicioso!...

GIL. Me trata como á un niño... como á una... querida... Después de todo dice bien, estando aquí Luisa es inútil que yo... ¡Ah! (Rompiendo á llorar.)

BRIG. ¿Cómo? ¿Qué es eso? ¿Lloras?

GIL. No, padre mío, no.

BRIG. ¿Qué te sucede? Nada grave por supuesto, y aunque así sea, ¿no estoy aquí yo, tu padre?...

GIL. ¡Ah!

BRIG. Qué es eso de ¡ah! ¿Qué quieres decir? No se me oculta que mis genialidades y estos diablos de cabellos teñidos... pero en fin, eso no impide que yo sea un padre... y como padre...

PAU. (Entrando con la gorra.) ¿Es esta, señora?

GIL. ¿Qué? ¡Ah! sí, esta es. (La coge y se la dá á su padre.) Toma, ahí tienes lo que me has pedido.

BRIG. (Cogiendo la gorra.) Como padre... Sí, esta es... gracias... Como padre...

GIL. ¿Qué? ¿No es eso lo que querías?

BRIG. Sí tal... pero...

GIL. (Sonriendo á pesar suyo.) ¿Pero qué?

BRIG. En fin, ahora no se trata de esto. (Dando la gorra á Paulina.) Que la lleven á mi carruaje. (Vase Paulina.) Ven acá, hija mía, ven acá, y hablemos en serio siquiera una sola vez. Dime. ¿Por qué llorabas?

GIL. ¿Qué se yo? Por nada... hay días...

BRIG. Sí, es verdad, hay días y momentos... yo mismo algunas veces... En fin, ¿esas lágrimas?... Alguna contrariedad sin importancia, los nervios, ¿no es así? Ya me lo figuraba yo... Vamos, no se hable más de ello, abrázame, y ahora...

GIL. ¿Ahora?...
BRIG. Hablemos de Luisa.
GIL ¿Pues qué?...
BRIG. El señor de Villarroel viene aquí á menudo, ¿no es verdad?
GIL. Ya lo creo.
BRIG. ¿Y no sospechas el motivo?
GIL. Sí, sospecho, que me hace el favor de encontrarme bonita.
BRIG. Y por lo tanto, que está enamorado de tí. ¡Já, já, já! Lo creo como tú lo has creído. No lo puedo remediar. Así que oigo decir que alguien hace la corte á una de mis hijas, sin vacilar digo para mis adentros: es á Gilberta.
GIL. ¡Papá!...
BRIG. Sí, conozco que hago mal; que soy un mal padre, porque al fin y al cabo tengo dos hijas... y debería suponer que un día ú otro... Hoy, mismo sin ir más lejos... he recibido la visita del señor de Villarroel, que no viene como sospechaba... por tí... sino por Luisa.
GIL. (Con alegría.) ¿Por Luisa?
BRIG. Por Luisa, sí; la ama y ha venido á pedirme su mano.
GIL. ¿De veras? ¡Ay, papaito, qué alegría me dás! ¡Qué contenta estoy! No puedes figurarte... ¡El señor de Villarroel! Y es un gran partido, ¿verdad?
BRIG. ¡Ya lo creo! ¡Gran nombre! ¡Gran fortuna!
GIL. Y, ¿has hablado ya con Luisa?
BRIG. Todavía no; es muy posible que una vez más me conteste que no quiere casarse.
GIL. ¡Oh!
BRIG. ¡Es muy singular tu hermana! ¡Ese horror al mundo! Esa inexplicable resolución de permanecer soltera... ¡Antes no era así!...
GIL. No, no era así.
BRIG. ¿Quiéres que te diga lo que sospecho? Que Luisa debe haber amado á alguno.
GIL. ¡Ah!
BRIG. Alguna pasión contrariada que nosotros ignoramos...
GIL. ¡Padre mío!...

BRIG. (Se levanta después de haber mirado su reloj, se arregla los cabellos al espejo.) ¿Eh? ¿Qué te parece? ¿No es verosimil?. . Piénsalo despacio y...

GIL. Sí, tal vez...

BRIG. Mira, un padre ya comprendes tú que no puede preguntar ciertas cosas... entre mujeres... y mejor entre hermanas... ¡Tú deberías intentar descubrir ese gran secreto!

GIL. ¿Que yo?.. ¿Quiéres que yo?

BRIG. Es claro; deberías repetirla lo que decías ahora mismo; que el señor de Villaroel es un hombre excepcional, y en fin, que debe casarse.

GIL. ¡Oh, en cuanto á eso!..

BRIG. ¿Con que se lo dirás?

GIL. Sí.

BRIG. ¿Harás todo lo posible por decidirla?

GIL. ¡Todo lo posible! Y espero convencerla.

BRIG. Entonces es asunto terminado; puesto que tú te encargas de todo, yo no tengo necesidad de ocuparme de nada. ¿Te ríes de mí? Sí, no me lo niegues, pero no me enfado... porque ¡me alegra tanto verte reír!... En cambio, cuando te veo llorar, como hace poco... siento así... una... y yo no quiero que seas desdichada, Gilberta. ¡No lo quiero! ¿Sabes por qué? Porque siendo tú feliz yo no soy más que un padre alocado, ligero... pero si fueses desgraciada, yo sería el padre más criminal y más... y tú no puedes querer que así sea... Tú me amas demasiado para querer mi desesperación y serás feliz, ¿no es cierto? Si no por tí, por tu padre. ¿Me lo prometes? ¡Ea, adiós! No olvides hablar á tu hermana en cuanto vuelva. ¿Y la gorra? ¿Qué he hecho yo de la gorra? ¡Ah, ya no me acordaba! ¡Está en el coche! ¡Qué cabeza! (Vase.)

ESCENA VII

GILBERTA, después CRIADO

GIL. ¡Oh! ¡Esta vez no rehusará! ¡No! ¡No puede! Pero ¿y si se niega? ¡Dios mío! Si yo pudiera arrancar de mi imaginación... ¿Quién me defenderá? ¡Ni mi padre, ni mi marido! ¡Ah! ¡Sí, me queda mi hijo, mi hijo que está allí, cerca, muy cerca! (Ve entrar al criado.) ¿Eh? ¿Qué ocurre?

CRIA. El señor Conde de Valreas pregunta si la señora...

GIL. ¡Eh, no quiero verle, no!... (Se fija en el criado.) ¡Ah! Que pase, y diga usted á Paulina que vista al señorito Jorge y me avise al instante; voy á salir con él. (Vase Criado y sale Valreas.)

ESCENA VIII

GILBERTA y VALREAS

GIL. ¿Sabe usted por qué le he recibido? Pues porque ese criado me ha mirado de un modo...

VAL. ¡Señora, bien poco la importunaré!

GIL. Tanto mejor, puesto que son pocos los instantes que puedo concederle. ¿Por qué ha venido usted? ¿Cómo, después de la carta que le he escrito?

VAL. En ella me ordenaba usted partir, y parto esta misma noche.

GIL. ¿Quién me lo asegura?

VAL. El caballero.

GIL. Pues bien, no lo dudo; pero debía usted haber partido sin verme.

VAL. Eso era ya superior á mis fuerzas...

GIL. ¡Ah!

VAL. ¡Y no debía usted exigir tanto! ¡Piense usted en lo que he sido y en lo que soy! Antes me habría mofado de quien me hubiese predi-

cho que yo experimentaría algún día lo que he experimentado después haber leído la carta de usted. ¡En el primer momento he sentido como un rabioso deseo de ser fuerte, heróico! ¡Quería sacrificarme por completo! ¡Partir sin ver á usted!

GIL. ¿Por qué no lo ha hecho?

VAL. ¡No he tenido suficiente valor! Pasado el primer impulso, sólo he pensado en que iba á separarme de usted quizá para siempre; y entonces imaginé que si yo reconocía en usted el derecho de exigir de mí tamaño sacrificio, justo sería que á trueque de mi sumisión, escuchara de lábios de usted algunas frases que me alentaran á realizar su deseo.

GIL. Pues bien, Valreas... yo...

PAU. (Entrando.) ¡Señora!...

GIL. ¡Ah, mi hijo! ¿Esta ya vestido? Tráemele en seguida.

PAU. Es que...

GIL. ¿Qué?

PAU. El señorito Jorge no está en casa, señora.

GIL. ¿Que no está? ..

PAU. Se le ha llevado la señorita Luisa.

GIL. ¡Luisa! (Conteniéndose.) ¡Está bien, Paulina! Retírese usted. (Vase Paulina.) ¡Mi hijo tampoco; nada, nada para defenderme!

VAL. ¡Gilberta!

GIL. Partirá usted, ¿no es verdad? ¡Es preciso! Júremelo usted.

VAL. Lo juro.

GIL. ¡Usted sabe bien que yo no le amo, que no le amaré jamás!

VAL. ¡Oh!

GIL. Si yo fuese una mujer frívola, ligera, como dicen, me complacería en hacerle sufrir, en tenerle á mi lado... y no obstante... quiero que parta usted, que se cure de esa pasión, que me olvide... ¡si, que me olvide!... ¡pero no demasiado pronto!

VAL. ¡Oh, Gilberta, Gilberta!

GIL. Esta noche, ¿no es cierto?

VAL. Sí.

ESCENA IX

DICHOS y SARTORYS

SAR. (Entrando.) ¿Usted aquí, querido Pablo? Nada me habían dicho.

GIL. El señor de Valreas viene á despedirse; parte esta noche.

SAR. ¡Cómo! ¿Se marcha usted?

VAL. Sí.

SAR. Supongo que será por poco tiempo, porque París no se consolaría fácilmente.

VAL. No sé á punto fijo...

SAR. Entonces, hasta la vuelta.

VAL. Hasta la vuelta. Señora...

GIL. Adiós, caballero. (Vase.)

ESCENA X

GILBERTA y SARTORYS

GIL. (Ya he cumplido con mi deber; veremos si los demás hacen lo propio.)

SAR. ¿Qué tal? ¿Ha conseguido tu padre distraerte?

GIL. ¡Pobre papá! ¡Me quiere tanto! (Pausa.) Luisa nos deja.

SAR. (Bruscamente.) ¿Cómo?

GIL. Nos deja para casarse.

SAR. ¡Es imposible!

GIL. ¡Imposible! ¿Por qué? El señor de Villaorrel pide su mano... ¿Qué extraño efecto te ha producido la noticia?

SAR. Confieso que en el primer instante no he podido sustraerme á un sentimiento de egoismo... Me he acostumbrado de tal modo á la idea de que Luisa no nos abandonaría nunca...

GIL. ¿De modo que la hablarás cuando venga?

SAR. Me parece que eso es más bien cosa tuya.

GIL. ¿Mía? ¿Acaso puedo yo tratar con seriedad

algún asunto? ¿Acaso se me alcanza á mí la importancia del paso que debo dar? ¿Yo?... ¿Frou-Frou?... ¡Si se tratase de inventar algún vestido!... tal vez. ¿Pero, eso?... ¡No! ¡De ninguna manera; tú y sólo tú debes hablarla y decidirla, y si quieres seguir mi consejo, procura convencerla y cuanto antes!

SAR. ¿Cómo?

ESCENA XI

DICHOS y LUISA

LUISA (Entrando.) ¡Vaya! Ya he visto á la señora de Lury y también al aya, que me ha satisfecho; vendrá dentro de unos días, ¿y usted?

SAR. También he visto al dueño de los terrenos; pero ahora tenemos que hablar de un negocio más importante.

LUISA ¿Más importante?

SAR. Sobre todo, para usted. Tenemos que hablar de su casamiento.

LUISA ¡Oh! ¡Qué idea!

SAR. El señor de Villarroel...

LUISA Es tan excelente persona que no puedo menos de sentirme orgullosa y satisfecha al verme solicitada por él.

SAR. ¿Satisfecha?

LUISA Sí; porque cuando llegue á saberse que he despreciado tan ventajoso partido, comprenderán que no quiero casarme con nadie y me dejarán en paz.

SAR. ¿De modo que decididamente?...

LUISA Decididamente.

SAR. Pero, ¿esa resolución?...

LUISA ¡Ah! ¡Queridos míos! Recuerden ustedes que yo no quería venir, y de tal modo me obligaron, que yo no pude eludirlo. ¡Pues bien, suya es la culpa! ¡Paciencia y soportarme!

SAR. Sin embargo...

LUISA A menos que estén ustedes descontentos de mí, á menos que no haya sabido cumplir con los deberes de mi cargo, ó á menos que sea un estorbo á la dicha de los dos.

SAR. ¡Oh, no por cierto! Si no se tratara más que de nuestra felicidad... pero, ¿y la de usted?

LUISA ¿La mía? ¿Pues acaso soy ahora desgraciada? ¿Dónde he de ser más feliz que en la cariñosa compañía de ustedes? Siempre he creído que la misión de la mujer tiene dos distintas fases. La una consiste en la juventud, los encantos, los placeres, y esa es la suya; la otra en la tranquilidad, en el orden y en los cuidados domésticos, y esa... esa es la mía, me pertenece: no queráis, pues, arrebatármela.

SAR. (A Gilberta.) ¡Ya lo has oído!

GIL. Sí.

SAR. Tú la conoces tan bien como yo y sabes que es inútil insistir.

GIL. Completamente inútil.

SAR. Sin embrago, ¿si aún quieres hacer el último esfuerzo?

GIL. Lo haré.

SAR. A mí no ha logrado usted convencerme; pero me satisface tanto oirla hablar de ese modo, que no me siento con fuerzas para seguir contrariándola. Si algún día cambia usted de opinión...

LUISA Nunca.

SAR. Os dejo solas; hasta luego. (Vase.)

ESCENA XII

GILBERTA y LUISA. Esta hace como que se va

GIL. ¿A dónde vas?

LUISA A buscar un libro que Jorge me ha pedido.

GIL. Que espere. ¿De modo que en bien de nosotros te sacrificas y no aceptas ese casamiento?

LUISA ¡Gilberta!

GIL. Es muy loable tu decisión y yo te lo agradezco con toda el alma. Lo único, sin embargo, que lamento, es que no hayas dividido tu solicitud por igual entre nosotros dos, y te hayas cuidado del uno más que del otro.

LUISA ¿Qué dices?

GIL. Te has ocupado solamente de mi marido y de mi hijo, dejándome á mí en completo abandono, y has hecho mal, porque si te hubieras fijado un poco, habrías podido ver que de cuantos peligros podían amenazar esta casa, de cuya defensa te encargaste, el más grave, seguramente, sobre mí se cernía.

LUISA ¡No te comprendo!

GIL. Hace un instante, el señor de Valreas estaba aquí á mi lado jurándome que me amaba; yo le contesté que no era correspondido.

LUISA ¿Y qué?

GIL. ¡Y eso no es cierto, porque le amo!

LUISA ¿Tú?...

GIL. ¡Yo! Hé aquí lo que, á pesar de tu exquisita penetración, no habías adivinado, querida hermana; y nada tiene de particular, porque la solicitud que dedicabas á una parte, te impedía ver la otra.

LUISA Lo que acabas de decir es imposible.

GIL. Hace dos meses lo era, pero durante estos dos meses ¡cuánto no he sufrido, y cuántas ideas no me han atormentado! Durante ese tiempo, lo que no pasaba de ser un juego inocente, ha tenido lugar de convertirse en un verdadero peligro, y viendo que tú no te cuidabas de salvarme, decidí salvarme yo misma, refugiándome en el amor de mi esposo y de mi hijo. ¡Vano intento! Porque mi hijo no existía para mí. Entre él y yo... tú, siempre tú.

LUISA ¡Oh! ¡Me iré, Gilberta, me iré!

GIL. Sí. Tú me has arrebatado el cariño de mi Jorge. Y en cuanto á mi esposo...

LUISA ¿A tu esposo?

GIL. Al verte junto á él y al recordar el pasado...

LUISA ¡Oh!

GIL. Reuniendo mis sospechas de hoy con mis certidumbres de ayer...

LUISA ¡Oh! Sigue, no te detengas. Pronuncia esa palabra que pugna por salir de tus labios.

Dilo todo. Hace cinco años yo amaba á tu marido, ¿no es verdad?

GIL. Sí.

LUISA Pues bien, no lo niego. ¡Le amaba!

GIL. ¡Ah!

LUISA Pero él te amaba á tí. Y convencida de que tu felicidad dependía de tu unión con ese hombre, yo misma, desgarrando mi alma y acallando todos mis sentimientos hacia él, coloqué su mano entre las tuyas. Y te repito que le amaba.

GIL. ¿Y en solo un día ese amor?...

LUISA En un solo día no. He sufrido mucho, mucho. Y en verdad que mis sufrimientos y mi sacrificio no merecían semejante pago. ¡Qué ingrata y que olvidadiza eres! ¿No recuerdas mis constantes negativas á venir á tu lado?

GIL. Pero acabaste por consentir.

LUISA Porque estaba segura de mí misma.

GIL. O porque pensaste que el momento era más oportuno.

LUISA ¿Y eres tú, tú, mi hermana, quien así me ofende? ¿Qué espantoso sentimiento ha hecho presa en tí para inspirarte tan horribles ideas? ¿No fuiste tú acaso quien me suplicó una y mil veces?

GIL. ¡Yo, sí! ¡Y cómo has sabido hacerme desear lo que tú deseabas! ¡Qué hábil eres, qué inocente y qué necia, qué candorosa debo aparecer á tu lado! ¿No le amas ni puedes amar á ningún. . otro? ¿Qué corazón es el tuyo? ¿Que no le amas? ¡Mentira! ¡Oh! ¡Qué poco trabajo te ha costado recobrar lo que pretendes haberme cedido! Porque ahora es tuyo, todo tuyo.

LUISA Ni un momento quiero permanecer aquí.

GIL. No, no eres tú quien se marcha, sino yo. ¿Más sacrificios por tu parte? No, hermana mía, no. El papel de víctima es siempre el más simpático y no quiero que también te lo apropies. El cielo es testigo que traté de resistir cuanto pude. Todo en vano, porque yo no soy una mujer excepcional, ni estoy

templada para las grandes luchas. Sucumbo, y al sucumbir quiero tener el derecho de amar á quien me ama.

LUISA ¿Qué vas á hacer?

GIL. Tuya es la victoria, me confieso vencida. Te cedo mi puesto.

LUISA ¿A dónde vas?

GIL. ¡Dicha!... ¡Tranquilidad!... ¡Esposo!... ¡Hijo!... ¡Todo me lo has arrebatado! ¡Quédate con ellos!. . ¡Quédatelos!...

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

ZANNETO y PAULINA

PAU. Vamos, Zanneto; perezoso, ¿no le he dicho á usted que vaya á casa del señor de Valreas y le avise que la señora le está esperando para el almuerzo?

ZAN. Piano, piano, si va lontano, encantadora Bambina. ¡Qué magnífico es este palacio! ¡En menos de seis semanas ha logrado la bellísima signora de usted devolverle su antiguo esplendor! ¡Oh! si los Barberini resucitaran se volvían á morir de gusto. Solamente que...

PAU. ¿Qué?

ZAN. Que esto cuesta mucho dinero y en París los comerciantes son muy ricos y pueden esperar, ¡pero aquí! ¡Ah, póvera Venecia! Sobre todo ese desdichado tapicero, antiguo amigo de mi padre, Mateo Strómboli.

PAU. ¿Le ha encargado á usted?...

ZAN. ¡Ah, póvero! aquí tengo su factura.

PAU. ¡Ya!

ZAN. ¡Mil doscientos francos! Una miseria para la signora y una fortuna per qüesto póvero Matteo.

PAU. Venga, y vaya usted, si quiere.

ZAN. En seguida.

PAU. ¡Qué calma!

ZAN. Piano, piano. Si me encuentro en la escalera al señor de Valreas, le conozco mucho, no por eso dejará de... y por unos cuantos pasos...

ESCENA II

GILBERTA y PAULINA

PAU. ¡Mil doscientos francos! ¡Una miseria! Sí, pero mil por aquí, dos mil por allá, y tres mil por otro lado... asciende todo... ¡y qué desconfiada es esta gente, no nos dejan respirar!

GIL. ¿Has hecho que avisen al señor de Valreas?

PAU. Sí, señora. (No hay más remedio, tengo que entregarla la factura.)

GIL. ¡Cuánto te agradezco que hayas venido á buscarme!

PAU. Como he estado tanto tiempo al servicio de la señora, desde el instante que supe que la señora se hallaba en Venecia, creí que era mi deber venir á ponerme á sus órdenes.

GIL. Gracias, ¿pero qué tienes? ¿estás agitada?

PAU. Señora.

GIL. ¿Qué papel es ese que ocultas en la mano?

PAU. Es una factnra.

GIL. ¿Una factura?

PAU. Pequeña; estos venecianos son tan... y todos á la vez reclaman el importe de sus obras.

GIL. ¿Reclaman? (Sonrisa triste.) Están en su derecho... me había olvidado... dame. (Lee.) Mil doscientos.

PAU. Tengo además otras.

GIL. ¿Y entre todas ascienden?

PAU. Á diez mil francos.

GIL. A ver... Héme aquí ya con deudas, acosada de acreedores. ¡Yo! ¡Frou Frou!... Ciertamente que no había pensado en esto cuando devolví al notario... Acudiré á mi padre... ¡Po-

bre padre! No tengas cuidado, Paulina... pagaremos, pagaremos. ¡Ah, del doctor! (Entra el criado con carta.)

PAU. Perdone usted, señora; he oido que la carta era del doctor y...

GIL. Sí... deseas saber...

PAU. Si el señorito Jorge...

GIL. Está bien; completamente restablecido... y su padre, que ha estado en peligro de muerte... sigue mejor. ¿Estás contenta?

PAU. Señora.

GIL. ¡Anda, retírate! (Pausa grande) ¡Un momento de ceguedad, de ira,. á dónde me ha conducido!

ESCENA III

GILBERTA y VALREAS

VAL. ¡Gilberta!

GIL. ¡Por fin!

ZAN. Cuando sus excelencias gusten.

VAL. Sí, pueden servirnos. ¿He tardado, verdad?

GIL. Un poco. (Empieza á servir.)

VAL. Bien á pesar mío, pero...

GIL. Sé lo que vas á decirme.

VAL. Que mi madre está aquí. ¿Lo sabías?

GIL. Lo sabía.

VAL. ¿Cómo?

GIL. Hace tres días te retardaste en venir, como hoy; era la primera vez, y tenías un aspecto tan sigular que no pude resistir á la tentación; cuando te marchaste...

VAL. ¿Me seguiste?

GIL. ¡No te enfades! Una mujer que se oculta en una góndola, siguiendo á un hombre joven, ¿hay nada más natural en Venecia? Y así he descubierto que estaba aquí tu madre.

VAL. ¿Y por qué no me has hablado de ella?

GIL. ¡Tenía tanto miedo!

VAL. ¿Miedo?

GIL. ¡Oh, sí! y si ahora estoy relativamente tranquila es porque te veo sonreir y supongo que nada debo temer.

VAL. ¿Por qué razón?

GIL. Tu madre me odia, ¿no es cierto?

VAL. Mi madre me ama tanto, que no puede odiar á los que...

GIL. A los que te aman, ¿por qué no decirlo? Pero, sin embargo, desearía separarnos.

VAL. No me lo ha dicho claramente; sólo sí que piensa pasar una parte del invierno en Roma y que espera que yo la acompañe.

GIL. ¡Ah! ¿Y tú?

VAL. ¿Puedes dudar de mí? Mi madre partirá mañana, y partirá sola.

GIL. ¡Ah!.. Pero, ¿cómo sola? ¿Los señores de Cambrich, que han venido con ella, dejarán que?..

VAL. ¿Sabes también?..

GIL. No sólo eso. Esperaba, además, que la baronesa vendría á verme. ¡Es claro! ¿Quién soy yo sino una despreciable mujer? ¡Pero qué me importa mientras tú no me abandones! ¡Mi vida entera está ahora en tus manos; procura conservármela!

VAL. Vamos, ¿á qué entristecerte y hablar de tales cosas? Demasiado sabes que yo no te olvidaré jamás.

ZAN. El té y el café de sus excelencias.

VAL. Déjalo ahí y dame ese periódico.

ZAN. *¿El Fígaro?*

VAL. Sí. Un estreno en el Palé Royal, á las ocho y media.

GIL. No podemos asistir.

VAL. No es fácil. Estamos un poco lejos, y después, que este número es de hace tres días.

GIL. ¿Y qué ocurre de nuevo?

VAL. Nada de particular. «La lluvia ha quitado su acostumbrada brillantez á las carreras de otoño.»

GIL. ¿Qué más?

VAL. ¿Qué más? ¡Ah, sí! Un lance muy gracioso tomado de la *Vida Parisien.* ¿Le has leido?

GIL. Sí.

VAL. ¿Y los teatros? Vamos á ver qué hay de nuevo.

GIL. «Los matrimonios falsos.» (Leyendo.)

VAL. «El primer día feliz.»

GIL. «Británicus Patria.» (Pausa.) ¡Qué efecto tan horrible produce la lectura de un periódico!

VAL. Verdaderamente; es más aburrido...

GIL. ¿Aburrido? ¡Oh! Háblame con franqueza, ¿estás ya cansado?

VAL. ¡Gilberta!

GIL. Me amas, ¿no es verdad?

VAL. ¡Que si te amo!

ESCENA IV

DICHOS, PAULINA; después el BARÓN y la BARONESA

PAU. Señora.

GIL. ¿Qué hay, Paulina?

PAU. El señor de Cambrich, el señor de Cambrich con su señora.

GIL. ¡Ah! (Mucha alegría; entra la Baronesa y se abrazan.)

BAR. ¡Querida Gilberta!

GIL. ¡Ah, Baronesa! ¡Qué buena es usted y cuánto agradezco su venida!

BAR. ¡Pues no faltaba más! Si el señor de Cambrich no hubiera querido acompañarme, me escapo y vengo sola.

VAL. Gracias, barón. (Al barón.)

BARÓN No me las dé usted. He venido porque estoy encargado de decir á usted algo muy importante.

VAL. ¿Encargado?

BARÓN Sartorys está aquí desde esta mañana.

VAL. ¡Sartorys! ¡Ah! Ya comprendo por qué ha permitido usted venir á la Baronesa. De ese modo, y suceda lo que suceda, Gilberta estará acompañada.

BARÓN Precisamente.

VAL. ¡Sartorys!.. (Al Barón aparte.)

BARÓN ¿No le esperaba usted?

VAL. Hay cosas en que jamás se piensa, por más que se sabe que necesariamente han de llegar. La muerte, por ejemplo. Ustedes tendrán mucho que contarse, ¿no es así?

BAR. Ya lo creo.

VAL. Pues no queremos ser importunos.
GIL. ¿Va usted á casa de su madre?
VAL. Sí, el Barón volverá pronto á buscar á su señora, y yo vendré con él.
GIL. Entonces, hasta luego.
VAL. Hasta luego. ¡Señora!.. (Al Barón.) Supongo que la Baronesa...
BARÓN No sabe que Sartorys está aquí.
VAL. ¡Adiós!
GIL. Hasta muy pronto.
VAL. ¡Sí, hasta muy pronto!

ESCENA V

GILBERTA, BARONESA

GIL. Vamos, cuénteme muchas cosas. ¿Qué pasa por París?
BAR. ¿Por París?
GIL. ¿Y mi hijo?
BAR. Tan hermoso. Lo ví.
GIL. ¿Le ha visto usted?
BAR. Sí, hace ocho días; la víspera de mi viaje. Le ví con su aya; le abracé una vez por mí y no sé cuantas en tu nombre.
GIL. Gracias. (Abrazándola.) ¿Y Luisa?
BAR. Con su padre; ya habrás sabido...
GIL. Sí, ya sé.
BAR. Apenas los médicos declararon fuera de peligro á Sart... (Movimiento en las dos.) Luisa y el señor Brigard dejaron la casa y regresaron á Charmerettes. (Pausa.)
GIL. ¡A Charmerettes! ¿Y de mí? ¿Qué dicen de mí las gentes?
BAR. Pues ya no dicen nada.
GIL. ¡Ya nada!
BAR. ¡Al cabo de mes y medio!.. Los primeros quince días, sí; pero después, como obedeciendo todos á una consigna, hallaron de muy buen gusto el tomar tu defensa.
GIL. ¡Ah!
BAR. Y luego, el Notario del señor Sartorys fué tan poco reservado... Por él se supo que los

dos millones pertenecientes á tu dote, que él te trajo, los devolviste inmediatamente.

GIL. ¿No era tal mi deber? Esa fortuna no me pertenecía á mí, sino á mi hijo.

BAR. Como quieras; pero al fin y al cabo, renunciar dos millones... Ese rasgo de generosidad produjo excelente efecto. Los que se mostraban más severos, te compadecían, y muchos te admiraban.

GIL. ¿Que me admiraban?

BAR. Algunos con envidia, y no les faltaba razón, porque tú debes ser feliz.

GIL. ¿Feliz?

BAR. ¿No?

GIL. Ya lo creo. ¡Soy feliz! ¿Y qué sería de mí, Dios mío, si no lo fuese?

BAR. ¿Sabes que estás muy bien instaladada? Es hermoso este palacio. ¡Qué vista tan deliciosa! Mira, yo te quiero mucho para juzgarte con imparcialidad; pero los que más inflexibles se muestren contigo, no podrán menos de confesar que no has sido ni falaz ni ridícula; y cuanto más reflexiono, menos motivos veo de compadecerte; porque él... te ama, no lo niegues, lo he visto yo misma cuando se ha marchado.

GIL. Sí, me ama.

BAR. ¡Jesús! ¿Quién hubiera dicho que ese muchacho?..

GIL. ¿Por qué no me casé con él? He pensado en esto tantas veces Hace ocho años, en Charmerettes, ¿se acuerda usted?..

BAR. ¡Que si me acuerdo!

GIL. El también había pedido mi mano; pero como se trataba de un calavera, todo el mundo lo tomó á risa; y, sin embargo, si me hubiera casado con él, hoy no estaría aquí.

BAR. ¡Quién sabe!

GIL. ¿Eh?

BAR. Nada, nada.

ESCENA VI

DICHAS, PAULINA, después SARTORYS

PAU. ¡Señora, señora!
GIL. ¿Qué hay, Paulina? ¡Vienes asustada! ¿Qué ocurre?
PAU. Es que... (Habla bajo.)
GIL. ¡Dios mío!
PAU. ¡Está ahí, señora!
GIL. ¡Pronto, Baronesa, se lo ruego, entre usted en esta habitación!
BAR. Pero...
GIL. Se lo suplico; y no se marche usted, ¿eh? no me abandone. Permanezca aquí hasta que yo la avise; pero no me abandone usted, ¿me lo promete?
BAR. Sí.
GIL. Gracias. Ahora...

ESCENA VII

GILBERTA y SARTORYS

GIL. ¿Usted?
SAR. Yo.
GIL. He sabido su enfermedad... y que felizmente...
SAR. Sí; he estado á punto de morir, pero apenas he podido sostenerme... como deseaba terminar con usted un asunto...
GIL. ¿Cuál?
SAR. Se trata de... (Vacila y se apoya en un mueble.) No, no es nada; perdone usted: todavía estoy algo... ¡Oh, no puedo hablar! ¡Agua, agua!
GIL. ¡Dios mío!
SAR. Se trata de la dote de usted. Este dinero que usted ha devuelto, es necesario que lo acepte ahora mismo.
GIL. ¡No!

SAR. Es necesario.

GIL. No tomaré nada.

SAR. ¿Me obligará usted á decirla claramente por qué no puedo retenerle en mi poder? Yo no quiero, lo entiende usted, no quiero que mi hijo disfrute un sólo día de esta fortuna.

GIL. ¡Virgen Santa!

SAR. Y como nadie, sino yo, podía así expresarse, he venido yo mismo á traérsela á usted. Aquí la tiene.

GIL. ¿Se marcha usted?

SAR. Sí, puesto que ya todo está terminado entre los dos.

GIL. ¿Y va usted á batirse?

SAR. Sí; ya tengo fuerzas para disparar una pistola, ¿puede usted dudarlo?

GIL. ¡Oh, un duelo por culpa mía! ¿Dos hombres van á matarse por Frou-Frou? ¡Por mí, que nacida para el placer, la frivolidad y la alegría, me encuentro de repente arrojada en la más terrible de las situaciones y en la más espantosa de las desventuras! Ese duelo no se realizará. Un hombre como usted, batirse por una mujer como yo... ¡Imposible! Cálmese usted, recuerde usted lo mucho que siempre me ha considerado y querido, y que si yo no supe corresponderle, ahora, tarde, sí, lo confieso, pero al fin ahora reconozco la enormidad de mi delito; ahora que toco las consecuencias, veo claramente la extensión de mi falta... Yo estaba ciega, loca. ¡Aquella escena con mi hermana!.. Sí, ya sé que padecí un error; he sido muy culpable, mucho... no trato de defenderme, y usted está en su derecho al quererse vengar; pero batirse, ¡no, no, se lo suplico!

SAR. ¿Y mi honra, señora?

GIL. ¿No hay otro medio de satisfacerla? Cualquiera que sea la conducta de usted, nunca el mundo pondrá en tela de juicio el valor del caballero.

SAR. ¡Oh, cuánto se engaña usted si cree que me preocupa lo que el mundo pueda pensar de

mí, ni de mi venganza! Yo no soy un marido que viene á matar al amante de su esposa. Soy un hombre que ama á una mujer; y esa mujer le ha hecho traición amando á otro... y á ese otro es al que voy á matar.

GIL. No, yo sola soy la culpable, descarga en mí tu ira, pero en mí sola.

SAR. Calla, no le defiendas de ese modo, porque no respondo de mí. ¡Déjame!

GIL. ¿Qué venganza deseas? ¿Quieres que yo desaparezca del mundo? No hablo de morir, no tendría valor para ello. ¡Pero hay conventos, aquí, aquí mismo, ahí cerca! Muchas veces, al pasar por delante de él, he contemplado su pnerta. Iré yo misma á llamar, tú me acompañarás y esas sombrías paredes serán la tumba de la mujer que tanto te ha ofendido.

SAR. No, no, déjame.

GIL. Todo lo acepto, todo; pero no me condenes á vivir con el remordimiento de saber que ha muerto un hombre por mi causa.

SAR. ¡Es inútil!

GIL. ¡Por favor, por piedad!

SAR. No.

GIL. Enrique, no me dejes, no te vayas, y te amaré.

SAR. ¡Oh! (Se desprende. Aparece la Baronesa, y Sartorys al verla la indica con la acción que asista á Frou-Frou, que está desmayada, yéndose con mucha emoción, aparentando serenidad.)

BAR. ¡Gilberta, Gilberta!

ESCENA VIII

GILBERTA, BARONESA y BARÓN

GIL. ¿Dónde está? (Volviendo en sí.)

BAR. Ha salido.

GIL. ¿Ha salido?

BAR. Cálmate.

GIL. Va á batirse, van á matarse; me lo ha dicho él mismo.

BAR. ¡Ah!

GIL. Yo quiero ir, yo quiero impedirlo.

BAR. ¿A dónde? si no sabes.

GIL. Buscaré... los hallaré...

BAR. Y aunque así sea... ahora me explico todo. Mi marido lo sabía y ha querido que yo estuviese á tu lado.

GIL. Se lo ruego á usted, Baronesa, déjeme usted salir.

BAR. No, no lo permito.

GIL. ¿Qué hacer, Virgen Santa?

BAR. Esperar. El señor de Cambrich vendrá pronto.

GIL. Valreas no se defenderá, estoy segura. ¿Por qué no lo dije antes? Quizá de ese modo...

BAR. ¡Cálmate, por Dios!

GIL. ¡Dios mío! Estar aquí y no poder hacer más que esperar. Hace tres meses, ¿recuerda usted? no sé en que teatro, estábamos en nuestra platea disfrutando como unas niñas de la función que se representaba; de pronto, en un entreacto, sin razón ni motivo para ello, comencé á reir y á batir palmas, exclamando loca de alegría: ¡Cuánto me divierto! ¡Qué feliz! ¡Qué dichosa soy!

BAR. ¡Oh!

GIL. El señor de Cambrich no viene. . quizá les hayan impedido batirse... ¡Ah! ¿No escucha usted?

BAR. Nada oigo.

GIL. ¡Sí; no hay duda! ¡Alguien viene, estoy cierta! (Entra el Barón.) ¡Dios mío! ¡No me atrevo á!... ¡Mi esposo!

BARÓN Nada, está bien.

GIL. Y... ¿ha muerto?

BARÓN No, herido solamente... pero...

GIL. Acabe usted.

BARÓN De mucha gravedad.

GIL. Entonces. . voy...

BARÓN ¿Usted? Usted no puede ir.

GIL. ¿Que no puedo?

BARÓN No.
GIL. ¿Quién se atreverá á impedírmelo?
BARÓN ¡Su madre, que está á su lado!
GIL. ¡Su madre!... ¡Tiene usted razón! No puedo presentarme ante ella.

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

EL AYA y JORGE

AYA (Leyendo.) «El príncipe había llegado hasta la puerta del jardín. Este obstáculo habría detenido su carrera, puesto que todas las artes y todas las fuerzas del mundo no pódían abrir una puerta que el encantamiento tenía cerrada, si no hubiese sido por la sortija que el príncipe llevaba en el dedo y que el hada le había dado para que se librase de los maleficios del encantador Merlín. Puso por casualidad la mano en dicha puerta, que al contacto del talismán se abrió, y entonces el príncipe se dió á correr por los campos en busca de la princesa. Después de haberla buscado durante dos años por toda la tierra, tuvo la dicha de hallarla y la condujo á su palacio.»

JOR. ¿Y por qué el príncipe corría de ese modo tras de la princesa?

AYA Porque la quería mucho.

JOR. ¿Y la encontró?

AYA ¿No lo has oído? Después de haberla buscado durante dos años por toda la tierra...

JOR. Oye... pero no se lo digas á nadie. Si quisie-

ras podíamos irnos los dos á buscar á mamá por toda la tierra. (El Aya abraza al niño.)

CRIA. (Entrando.) Señora.

AYA ¿Qué es?

CRID. El señor Brigard.

AYA ¿El señor Brigard?

CRID. Sí, está ahí. (Entra Brigard.)

JOR. ¡Abuelito!

BRIG. ¡Su hijo! ¡Qué hermoso y que alto está! ¡Seis meses sin verle!

JOR. ¿Y mamá?

BRIG. ¡Ah!

SAR. (Entrando.) Hágame usted el obsequio de llevarse al niño. (Vanse Aya y Jorge.)

ESCENA II

SARTORYS y BRIGARD

SAR. ¿Usted en París? No lo sabía.

BRIG. Estoy desde ayer.

SAR. ¿Solo?

BRIG. No; con Luisa y...

SAR. Y...

BRIG. Sí; venimos de paso. Volvemos á marchar mañana para el Mediodía, por orden de los médicos.

SAR. ¿Los médicos?

BRIG. Nos hemos detenido aquí para consultarles; y aprovechando esta oportunidad, me ha ocurrido que si mi pobre Gilberta podía tener noticias de su hijo le haría mucho más bien que todas las medicinas del mundo. Y ese es el objeto de mi venida.

SAR. ¿De modo que está enferma de peligro?

BRIG. De mucho peligro. Pero no de tanto seguramente como el día en que Luisa y la señora de Cambrich me la condujeron á Charmerettes; al verse otra vez allí, en donde tan dichosa había sido, no pudo resistir la emoción, y á cada instante creíamos perderla; ni aun reconocía á su pobre hermana; por fin abrió los ojos, se abrazaron, y el recuerdo de aque-

lla escena... Desde aquel día Gilberta empezó á mejorar.

SAR. ¿Y ha continuado?

BRIG. En los primeros meses, y á pesar de su palidez y triste sonrisa, llegamos á abrigar alguna esperanza. ¡Si vieras qué cambiada está! ¡Pobre hija mía! Ella, que en otro tiempo era la alegría de París, se convirtió de repente en hermana de la caridad y no salía de las casas de los pobres ni se apartaba de de la cabecera de los enfermos. Hasta que al cabo sucedió lo que necesariamente debía suceder; volvió á recrudecerse su enfermedad. Consulté otra vez con los médicos; los de allá la enviaron á los de aquí y los de aquí han decidido que vaya al Mediodía. (Pausa. Llama Sartorys.)

SAR. Ahora traerán á Jorge y puede usted llevársele.

BRIG. ¿Yo?

SAR. Es claro. ¿No es eso lo que usted desea?

BRIG. Sí, efectivamente... pero... la verdad, conociendo la nobleza de tu alma, he supuesto... creí... que tú mismo te prestarías á llevar á Jorge.

SAR. ¿Yo?

BRIG. ¡Por grande que haya sido su delido, harto le ha espiado!

SAR. ¡Harto le ha espiado! ¡Mire usted á su alrededor y fíjese un instante en mi rostro! ¡El dolor en todos los semblantes, la casa desierta, el hijo abandonado!... ¿Quién ha sufrido más?

BRIG. ¿No es bastante á redimirla el bien que por doquiera ha derramado?

SAR. ¿Y qué me importa el bien que á los otros ha hecho, si no ha impedido el mal que á mí me ha causado? ¿Iría usted á pedir á esos mismos pobres que maldijesen á su hija por haberme ocasionado tan terrible pesar?

BRIG. ¿Pero acaso ella sola es la culpable?

SAR. ¿Cómo?

BRIG. ¡No! ¡no es ella, sino yo! ¡Su padre! ¡yo, quien ha causado su desdicha y la vuestra!

¡No me tengáis compasión! ¡tratadme como merezco! ¡aborrecedme! ¡maldecidme! ¡pero á ella no! ¡á ella no! ¡á ella, perdonadla!

CRIA. (Entrando.) Señor, la señorita Luisa.

BRIG. ¡Ah! para que venga aquí Luisa es preciso que... (Entra Luisa.) ¿Y Gilberta?

LUISA Esta ahí... se ha obstinado...

BRIG. ¡Por Dios! ¡No te niegues á recibirla, ni á perdonarla! ¡Si viene, es para morir en tus brazos! (Vase.)

ESCENA III

LUISA y SARTORYS

LUISA La perdonará usted, ¿no es cierto?

SAR. ¡Imposible! Aún está abierta la herida, y mi dolor...

LUISA Un dolor más grande que el de usted ha perdonado.

SAR. ¿Más grande que el mío?

LUISA Sí, más grande.

SAR. ¿Cuál?

LUISA Perdóneme usted si evoco un recuerdo... Esa pobre madre...

SAR. ¡Oh!

LUISA ¡Cuyo hijo ha matado usted! Esa madre infeliz ha visto á Gilberta moribunda, que la imploraba perdón para ella y para usted...

SAR. ¿Y le ha otorgado?

LUISA ¡Sí!

SAR. Imposible.

LUISA ¡Lo ha jurado ante Dios!

SAR. ¡Ah!

ESCENA IV

DICHOS, GILBERTA y BRIGARD

GIL. ¡Tú no, padre mío! ¡El!

SAR. ¡Gilberta! ¡Gilberta!

GIL. Gracias. ¡En mi casa! ¡En mi casa!

SAR. ¡Sí, en tu casa! ¡y para siempre!

GIL. ¿Para siempre? ¿Me perdonas?

SAR. ¡Sí, sí! ¡Te perdono! ¡y no morirás, no!

GIL. (Le besa á Sartorys.) ¡Mi hijo! ¡Traedme á mi hijo!

SAR. ¡Sí, yo mismo!...

GIL. (A Brigard.) ¿Lloras? ¡Pobre padre mío!

JOR. (Entrando.) ¡Mamá! ¡mamá!

GIL. ¡Oh! ¡Hijo mío! Deja que te abrace. (Le besa y le abraza.) ¡Luisa, hermana mía, ven! ¡Tómale, te lo doy! ¡Es tuyo!

LUISA ¡Gilberta!

GIL. ¡Y él también! ¡los dos! ¡los dos! ¡te pertenecen! ¿Te acuerdas? ¡Otra vez aquí mismo te dije la misma frase! ¡Perdonadme todos!

SAR. ¡Oh! ¡tú no morirás! ¡Dios mío!

GIL. ¡No morir!... ¿Y ahora?...

BRIG. ¡Hija mía!

GIL. ¡No me compadezcas, padre mío! ¿Qué podía yo esperar? ¡Morir desesperada! ¡abandonada!... ¡Y, por el contrario, muero rodeada de los míos! ¡tranquila! ¡dichosa!

SAR. ¡Ah! ¡no es á tí á quien se ha de perdonar, sino á mí! A mí, que no he sabido...

GIL. ¿Perdonarte? ¿de qué? ¡de haberme amado con exceso! ¡Ese ha sido el delito de todos!

TODOS ¡Gilberta!

GIL. ¡Dios mío! ¿Es esto morir? ¡Qué suave! ¡Qué dulce me parece la muerte! ¡Luisa! ¿Dónde estás? ¡Luisa! ¡ven, acércate! ¡bajito! ¡muy bajito! ¡Cuando haya dejado de existir, es necesario que me pongas hermosa! ¡muy hermosa! ¡como en otro tiempo! ¡Este vestido es muy triste! ¡Otro! ¡otro! ¡Uno blanco, el de rosas pálidas! ¡Ese, ese! ¡Verás qué bella estaré! ¡Y una vez más reaparecerá Frou-Frou á vuestros ojos!

TODOS ¡Ah!

GIL. ¿Veis? ¡siempre la misma! ¡no me corrijo! ¡perdonadme! ¡Jorge! ¡Frou-Frou! ¡pobre Frou-Frou! (Cae muerta.)

FIN DE LA COMEDIA

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerí
de España y extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplar
directamente al EDITOR, acompañando su importe
sellos de franqueo ó libranza, sin cuyo requisito
serán servidos.